



CHRISTIAN  
MARTINS

¡LO QUE TÚ  
DIGAS!

**¡LO QUE  
TÚ DIGAS!**

CHRISTIAN MARTINS

**EDICIÓN SEPTIEMBRE 2018**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS**

Del amor al odio tan sólo hay un paso.  
Y viceversa.

Para todas las chicas que componen la familia Martins, y como no, para mis dos locas administradoras.

Con esta historia he intentado complacer algunas de vuestras peticiones y os pido perdón si no he sabido estar a la altura. Que conste en acta: ¡lo he intentando!

Gracias por todo, chicas Martins.

# 1

Se me caen los ojos delante del ordenador.

¡Madre mía! ¿Cómo puedo estar tan cansada? Desde luego, los treinta empiezan a pasarme factura. Bueno, en realidad, los treinta y seis, pero un año arriba un año abajo no cambia nada, ¿no?

Estoy pensando en ir al baño a despejarme cuando, de pronto, me entra en la bandeja de correos electrónicos un mensaje de Charlize: ¿Café? Me apresuro a responder que sí y levanto la cabeza por encima de la pantalla para ubicarla. Su mesa está vacía, así que supongo que me ha escrito desde el almacén. Aunque tardará unos minutos en subir, yo decido ir levantándome para estirar las piernas. Camino con paso lento por el pasillo y soy consciente de que la estúpida de Sherlyn empieza a cuchichear algo sobre mí con su compañera de mesa. En realidad, tampoco me importa. Son dos arpías insoportables y, como hace años que trabajo con ellas, estoy más que acostumbrada.

La sala de café está totalmente vacía; cosa que yo agradezco a los dioses. ¡Madre mía, estoy qué me caigo! Me siento realmente exhausta.

— ¡Menuda cara tienes, Lindsay!

Me giro hacia ella.

Es Charlize, acaba de entrar en la sala. Me escruta de arriba abajo con detenimiento y una sonrisa socarrona ilumina su rostro.

— Ya vale... — murmuro, sirviéndome una taza con doble dosis de café.

— Ayer saliste — dice, aunque es más una afirmación que una pregunta.

Yo asiento con la cabeza mientras le paso su taza.

— ¿Con el camarero del Red Pub?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

— Salí con Cora. Y hoy no puedo ni con mi alma.

— ¿Y regresaste a casa con el camarero del Red Pub? — insiste, sin borrar su sonrisa juguetona.

¡Odio que me conozca tan bien!

No contesto y ella aprovecha para tomarse mi falta de respuesta como una afirmación, así que empieza a dar palmitas y suelta un pequeño grito que me saca de mis casillas.

— ¡Cuéntamelo todo! — suplica, agarrándome del brazo y arrastrándome a una de las esquinas de la sala de café, por si alguien entra y nos interrumpe.

Bill, el camarero del Red Pub, me pidió mi teléfono hace dos fines de semana, mientras Charlize y yo tomábamos algo en la barra. Desde entonces no hemos parado de mandarnos mensajitos... Hasta anoche.

— Esta mañana cuando me he despertado ya se había marchado — susurro en voz baja, con gesto abatido — , y, para rematar, ha dejado de contestarme a los mensajes.

Charlize frunce el ceño y me observa como si, de pronto, me hubiera vuelto loca.

— ¿Le has mandado un mensaje? ¿Ya?

Yo asiento con la cabeza mientras Charlize, fingiendo desesperación, niega rotundamente y me agarra por los hombros para que le preste atención.

— Nunca, jamás de los jamases, se debe de escribir a un tío después de que hayas tenido un lío con él. Tienes que esperar a que lo haga él primero, Lindsay. Es una norma básica para que no dejen de mostrar interés y no piensen que eres una maldita desesperada.

Instintivamente, saco el teléfono y se lo paso.

— Solo es un mensaje... — me excuso, restándole importancia — . No creo que influya, ¿no? Además, como no se ha despedido de mí no sabía qué

sensación debía tener..., ya sabes. Si le gustó...

Charlize vuelve a negar con la cabeza.

— Mal, Lindsay, has hecho muy mal... — asegura, antes de comenzar a leer el mensaje en voz alta — . ¿Qué tal, Bill? Anoche lo pasé genial, ¿y tú? Lindsay.

— No está tan mal, ¿no? — murmuro, mirando yo también la pantalla del teléfono.

— Lo pase genial, ¿y tú? — repite, imitando mi tono de voz — ¿En serio le has preguntado eso? ¡Está fatal, Lindy!

Suspiro, desesperada, y le quito el teléfono de las manos.

— Son todos iguales — escupo de mal humor — . No hay uno que se salve, así que deja de echarme la culpa a mí porque el problema son ellos.

Mi amiga frunce el ceño antes de darle un sorbo al café.

— Mal, Lindy... — repite.

— Es por culpa de la maldita sociedad en la que vivimos. Ellos son así... — añadido, poniendo los brazos en jarras — , así que es imposible echarse un novio en condiciones.

— Ejem... — interrumpe Charlize — , ¿Dexter?

— Tu novio no cuenta — señalo — , ya sabes que es extraterrestre. Lo que no sé es si viene de Marte o de Júpiter...

Dexter es un santo personificado.

Está loquito por Charlize y la trata como a una reina. No solo eso, además es guapo, siempre va arreglado y prefiere ir al cine que quedarse viendo fútbol en la televisión.

Sherlyn y su compañera interrumpen en la sala de café y Charlize y yo nos lanzamos una mirada cómplice que significa: ¿nos vamos?

— ¡Buenos días, Sherlyn! — la saluda Charlize falsamente, pasando de largo.

La rubia tonta que tengo en la mesa de enfrente sonrío antes de dirigirme la palabra.

— ¿Lindsay? — canturrea con tono divertido — . ¿Sabes que llevas la camiseta del mercadillo al revés? Te estoy viendo la etiqueta.

Su compañera suelta una risita por lo bajo y yo me apresuro a comprobar si está en lo cierto. Efectivamente, la llevo al revés.

— ¡Joder! — exclamo, avergonzada.

Charlize hace un gesto con la mano, restándole importancia al asunto.

— ¡Esta chica está guapa se ponga lo que se ponga! — salta en mi defensa.

Sherlyn vuelve a reírse tontamente.

— O se lo ponga como se lo ponga... — añade.

Las dos arpías saltan en carcajadas y nosotras salimos de la sala del café. Estoy cabreada y avergonzada por partes iguales.

— A veces tengo ganas de estrangularla...

— Y yo, te lo aseguro — corrobora mi amiga, alejándose hacia su mesa — . ¡Te veo luego!

Me despido con la mano y me dirijo refunfuñando hasta el lavabo para colocarme en condiciones la camiseta. Lo extraño, en realidad, es que haya logrado vestirme con el sueño que tenía. Lanzo una mirada fugaz al espejo y me recoloco un mechón de pelo rebelde que se ha escapado de la coleta detrás de mi oreja. Aprovecho, de paso, para repasarme el colorete y el rímel antes de salir fuera. Bueno, en realidad, tampoco tengo tan mala cara. Casi tengo un aspecto decente.

Cora es enfermera así que trabajaba a turnos. Viviendo con ella he descubierto que trabajar a turnos tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Por ejemplo, una de las cosas buenas que tiene es que disfrutas de más vacaciones que el resto de las personas. Y una de las cosas malas es que tus días de descanso no suelen coincidir con el fin de semana. Y esa es exactamente la razón por la que hoy estoy muerta de sueño y por la que ayer, un lunes cualquiera no señalado en el calendario, salimos de copas.

Aunque, en realidad, nos liamos hasta altas horas de la madrugada por mi culpa, ya que el turno de Bill terminaba a las tres de la mañana y quería

aprovechar la oportunidad para verle.

¡Bill!

Reviso mi teléfono y nada, aún no me ha contestado. Una vocecita en mi cabeza me dice que no va a contestar, que deje de insistir.

— Otro capullo — refunfuño, dejándome caer sobre el escritorio.

¿Es que es tan difícil encontrar un novio decente en Manhattan? Alguno tiene que quedar soltero, ¿no?

Muevo el ratón por la pantalla fingiendo que hago algo, después abro la bandeja de emails por si Charlize me ha enviado algún cotilleo. La puedo ver de fondo, con su pelo rubio y perfecto cayéndole por la espalda mientras trabaja. No tengo emails de ella y, encima, parece ocupada.

Como no tengo nada que hacer, decido que pasaré el tiempo revisando viejos proyectos y reordenando el escritorio.

— ¡Joder, Lindsay! — grita Stew, dando un sonoro golpe contra mi mesa.

Sobresaltada, abro los ojos mientras un ardiente rubor asciende hasta mis mejillas. ¡Oh, no, me he quedado dormida! ¡Me he quedado dormida en la oficina!

Stew, mi jefe, sacude la cabeza en señal de negación mientras me repasa con una mueca de desdén.

— Este es el último aviso que te doy antes de echarte a la calle — susurra en voz baja y comedida — . ¿Me entiendes?

Yo sacudo la cabeza, percatándome en ese instante de que toda la oficina me está mirando con gesto expectante. Toda. Incluido el guapo de Tom. Incluida la arpía de Sherlyn.

— ¿Lindsay? — repite Stew, que parece realmente enfadado.

— Sí, señor... — tartamudeó, avergonzadísima.

¡Dios, hoy no es mi día! ¡Tierra, trágame!

— Mañana quiero verte a las nueve en punto en mi despacho. Ni un minuto más tarde, ¿lo has entendido?

— Sí, claro. Allí estaré...

Siento el corazón latiendo a mil por hora en el interior de mi pecho, así que intento relajarme mientras las miradas de curiosidad se van desviando hasta otro punto diferente. ¡Joder! ¿Cómo he podido quedarme dormida en la oficina? Esto de salir con Cora los lunes, martes o miércoles se tiene que acabar. A partir de ahora, sólo saldré de copas los sábados. Y esa regla será inamovible.

Mientras pienso en mi nueva vida y en lo responsable que seré de aquí en adelante, me percato de que tengo un nuevo email de Charlize. Levanto la mirada por encima de la pantalla hacia ella; me está mirando con las cejas alzadas y me señala el ordenador para que me apresure a leer y responder su mensaje.

— Veamos... — murmuro en voz baja, abriendo el email.

“Cora me ha escrito. Esta noche salimos los ángeles de Charlie”.

Yo tecleo una breve respuesta indicándole que no puedo y me repito a mí misma que tomar la decisión de salir únicamente los sábados es lo más maduro que he hecho desde que decidí independizarme de casa de mis padres.

Charlize no tarda en responderme: “Vendrás. No hay nada que discutir”.

Suspiro hondo y vuelvo a alzar la vista por encima de la pantalla. Ella me sonrío con picardía. ¡Oh, Dios! Adiós a mi plan de ser responsable.

## 2

Yo soy morena, con los ojos azules o verdes — dependiendo del día y de la luz —, de complexión media y de altura estándar. Charlize es rubia de ojos azules, piernas largas y un poco rellenita. Tiene temporadas en las que hace una dieta de lo más estricta y consigue perder esos kilos de más, pero el chocolate la puede y vuelve a retomar las viejas costumbres — y los kilos — con rapidez. Cora es pelirroja, ojos marrones y, sin duda, la más guapa y exótica de las tres. Y ésta es la razón por la que nos hacemos llamar “los ángeles de Charlie”. No, no es porque Cora sea la más guapa y exótica, si no porque una es rubia, la otra es morena y la última es pelirroja.

Estamos en nuestro apartamento. Reviso el reloj con disimulo y compruebo que son las nueve de la noche, así que ya vamos tarde. Charlize habrá llegado hace una hora o así, pero Cora aún no está lista para salir. Ahora mismo, mientras nosotras acabamos con la media botella de vino blanco que quedaba en la nevera, ella se retoca el maquillaje frente al espejo esperando que las planchas del pelo se le calienten. Se nota que no tiene prisa porque mañana no trabaja.

— ¡Los ángeles de Charlie salen de marcha! — exclama Charlize, emocionada, bailando en el sofá.

Yo resoplo y le doy un sorbito a mi copa de vino.

No estoy de humor por varias razones: la primera es que Bill, el camarero del Red Pub ya no me contesta a los mensajes. Está claro que solo quería echar un polvo y nada más, pero lo que más me molesta es que ni siquiera me haya querido utilizar para un par de noches. Según Cora, prefiere una y no más para que las relaciones no se le compliquen, lo que me hace sentirme como un juguete. Se ha aprovechado de mí y me ha tirado a la basura antes de lanzarse a por otro juguete más interesante. ¿Y qué pasa con todos esos mensajitos que

nos hemos estado mandando? ¡Joder, incluso le conté que mi primer beso fue con una amiga en la adolescencia! ¿Pero ese tío de qué va?

— Olvídate de él, Lindsay... — me dice Charlize con voz seria — . ¡Es una orden!

Yo asiento con la cabeza, distraída.

La segunda razón es que estoy muerta de sueño. No me tengo en pie y no he dormido más que un par de horas la noche anterior.

— ¡Eh, oye! — exclama Cora, sentándose a mi lado — . ¿De verdad sigues pensando en el camarero?

— No, en reali...

— Es un imbécil — asegura Charlize — , así que sácatelo de la cabeza ya.

Cora le quita la copa de vino a Charlize y se la bebe de un trago, aún sentada a mi lado.

— Escúchame bien, ¿vale? Ese tío no es un imbécil, solo que tiene las cosas claras. Y tú también deberías tenerlas, ¿me sigues?

— En realidad, no...

— Ya sé que te apetece encontrar a tu príncipe azul, irte a vivir con él, tener una boda de ensueño, hijos y todas esas tonterías — explica, mirándome fijamente — . Pero ahora no es el momento.

Frunzo el ceño y le lanzo una mirada a Charlize en busca de ayuda. Charlize, riéndose por lo bajo, asiente dándole la razón a Cora.

— El momento llegará cuando tenga que llegar, así que mientras tanto, ¡disfruta! ¡Esa es la clave de la felicidad!

— ¿Disfrutar es la clave de la felicidad?

Charlize vuelve a llenarse la copa de vino antes de intervenir en la conversación.

— Olvídate de los príncipes azules — me dice, moviendo la cabeza en señal afirmativa — . Tienes que buscar ligues de una noche como hace el camarero

ese. Un tío buenorro que te espabile y al que después decirle adiós muy buenas. Tienes que ser tú la que mande, la que ponga las reglas. La que le diga “bye, bye”.

— ¡Exacto! ¡Tienes que ser tú!

“¡Qué fácil es decirlo cuando tienes novio!”, me digo a mí misma refiriéndome a Charlize.

— Y si lo haces, entonces serán ellos los que estarán detrás de ti — asegura Charlize.

— ¿Así conquistaste a Dexter?

Cora y yo guardamos silencio, expectantes.

— En realidad, sí — confiesa, y las tres rompemos en carcajadas.

Cora se levanta del sofá, desenchufa las planchas del pelo y se acerca al perchero para coger nuestras chaquetas y tirárnoslas encima.

— ¡Nos vamos de marcha, ángeles!

— ¡Yija! — grita Charlize, divertida.

Mientras bajamos las escaleras, Charlize y Cora van discutiendo sobre a qué bar de moda acudir en primer lugar. No puedo evitar pensar que hoy mi compañera de trabajo está realmente desmadrada. Por lo general, Charlize suele ser la más responsable de las tres y Cora y yo... Bueno, Cora y yo somos unos desastres andantes.

Entramos en el primer pub que vemos y los chupitos de tequila empiezan a rodar por la barra. Nuestra norma general suele ser no pasar a los chupitos — por precaución — hasta pasadas las tres de la madrugada, pero hoy parece que mis amigas han decidido hacer una excepción.

Una hora después, ya estoy borracha.

O al menos, mareada.

Rechazo el último chupito con la poca fuerza de voluntad que me queda y tambaleándome me arrastro hasta uno de los sillones del fondo. ¡Dios, todo da vueltas a mi alrededor! Intento estabilizar mi visión y me percato, sorprendida,

de que el pub está llenísimo.

— ¡Cuánta gente hay! — exclamo en voz alta.

Charlize suelta una carcajada y se sienta en el sillón que hay a mi lado. Lleva una copa en la mano, lo que me da a entender que para mis amigas continúa la marcha. ¿Cómo consiguen estar todavía de pie?

— Eso es porque los estás viendo doble... — dice, señalando a la gente.

Yo suelto una carcajada.

— ¿Cuánta gente ves tú? — pregunto, agudizando la visión aún más para comprobar si veo doble o no.

Charlize se ríe como una niña pequeña y justo en ese instante comprendo que estamos teniendo la típica conversación de “borrachas”.

— ¡Yo no veo nada! — grita, y empieza a reírse tan fuerte que se le saltan las lágrimas.

Yo también salto en carcajadas, incapaz de contenerme, mientras Cora se acerca a mí con una copa. La rechazo, pero ambas insisten en que me la tome así que, al final, termino aceptándola. Punto y final a mi fuerza de voluntad.

— Ahora toca hacer fichajes... — susurra Charlize con gesto pícaro.

No sé a qué se refiere, pero suena mal.

— Hemos decidido, Lindsay, que hoy empiezas tu nueva vida como chica independiente, segura de ti misma y con el control sobre tu vida.

— ¿Qué demonios estáis tramando? — respondo a la defensiva.

— Se acabó eso de llorar por los hombres — grita Cora, provocando que varias miradas de la sala se giren hacia nosotras a pesar de la música alta que hay de fondo — . ¡Nunca más!

Vaya borrachera llevamos las tres.

Yo voy mal, pero tengo la sensación de que mis dos amigas están todavía en peor estado. Charlize me pega un codazo que me hace gritar de dolor y saltar por los aires.

— ¿Qué te pasa? — preguntó, aún dolorida.

Ella tiene una sonrisa traviesa en el rostro y la mirada fija en un grupo de chicos que se han sentado en los pubs que hay frente a nosotras.

— ¿Con cuál te quedas, Lindsay? — pregunta Cora con una sonrisita.

¡Oh, no...! ¡Ya sé por dónde van estas dos...!

— ¡Con ninguno! — exclamo, espantada.

Ellas empiezan a reírse tontamente y se acercan a mí.

— Hazlo, Lindsay — susurra bajito Cora, con la mirada clavada en uno de ellos — . ¡Mira qué pinta de ejecutivos sexys!

— ¡Ni de broma!

— Debes empezar a ser como ellos, Lindsay. Es la única manera de sobrevivir en este mundo. Hay que ser fuerte, decidido y con las cosas claras.

— Con las cosas claras — repito, bebiéndome la copa de trago.

Ellos también parecen ir bastante bebidos. Y la verdad es que son guapos; sobre todo el de la camisa azul y la corbata gris. Ése está para comérselo enterito.

— ¿Otra copa? — pregunta Charlize, levantándose de la mejor manera que puede del pub.

Cora asiente y al final, yo también termino haciendo lo mismo.

¿Por qué sospecho que esto no terminará bien?

### 3

El odioso despertador de mi mesilla lleva un rato sonando de fondo, pero estoy demasiado cansada como para apagarlo. No puedo ni levantar el brazo, así que, ¿cómo voy a lograr levantarme de la cama? Además, por mucha resaca que tenga recuerdo perfectamente que hoy debo ir a trabajar. ¡Qué mal!

— Espera... — susurro en voz baja.

¿Desde cuándo suena así el despertador de mi mesilla?

Abro los ojos lentamente. Las cortinas de la habitación están corridas y prácticamente no entra luz al interior, pero una cosa puedo distinguir: ¡ésta no es mi habitación! ¡Ni mi cama! ¡Ni mi mesilla, ni mi despertador!

Oh no... ¡Tierra trágame!

¿Qué narices pasó anoche? Intento hacer memoria mientras me incorporo lentamente sobre la cama. Todo a mi alrededor da vueltas, me duele la cabeza y apesto a alcohol.

—¡ Venga, haz memoria, Lindsay!

Entonces él se mueve a mi lado y yo le miro.

¡Hay un hombre conmigo! ¡En la cama! ¡Y los dos estamos desnudos!

¿Por qué no recuerdo nada?, me pregunto, masajeándome las sienes. El tío que tengo a mi lado estira el brazo para apagar el despertador. Después, vuelve a introducirse bajo las sábanas. Reviso la hora y me doy cuenta de que voy muy mal de tiempo; no sé dónde estoy, pero dudo mucho que consiga regresar a casa, ducharme, lograr un aspecto presentable e ir a trabajar sin llegar tarde. ¡Mierda! ¡Además tengo una reunión con Stew en su despacho!

— Buenos días, preciosa... — ronronea el tío que tengo al lado.

Ahora me acuerdo.

¡Es el de la camisa azul y la corbata gris!

Vale, venga, bien. Tengo que relajarme y pensar con la cabeza fría. ¿Qué me dirían Cora y Charlize si estarían aquí? Que sea independiente, segura de mí misma y marque las reglas.

Miro al montón de ropa que hay en el suelo y distingo la mía; ayer salí con vaqueros, una blusa y unos tacones. No iba demasiado putón ni demasiado fiestera, así que no lo veo del todo inapropiado para ir a la oficina. Tendrá que valer.

— Voy a usar tu ducha — escupo, pensando que soy una grosera y que ni siquiera le he dado los buenos días.

El suelta un gruñido dormido, algo ininteligible.

— Al fondo — señala, estirando el brazo por encima de las sábanas.

Me levanto de la cama, recojo el bulto de ropa del suelo y me escabullo detrás de la puerta del baño. La imagen que me devuelve el espejo es realmente horripilante. ¡Dios! ¿Qué diantres hice anoche para tener tan mal aspecto? ¡Estoy asquerosa!

— Venga, Lindsay, relájate... — murmuro, soltando la ropa en una esquina del suelo y preparándome para entrar a la ducha.

Veamos, esto es muy sencillo. Me adecentaré un poco, me despediré de él — porque, evidentemente, yo no soy tan rastrera para salir sin decir nada como hizo Bill — y después, ¡a trabajar! Como si nada hubiera pasado...

Mientras el agua fría — la necesito casi congelada para espabilar — cae sobre mi cabeza, poco a poco voy rememorando algunos flashbacks de la noche pasada. Jack, se llamaba Jack. ¡Y Dios, qué bien besaba!

Sacudo la cabeza intentando borrar esas cosas de mi mente, pero la verdad es que no consigo concentrarme demasiado en nada más. Recuerdo cuando llegamos a su habitación, la manera en la que me arrancó la ropa, me desnudó, me lanzó sobre la cama... ¡Madre mía, madre mía!

— ¡Joder! — exclamo, girando la manilla del agua fría aún más.

Necesito despejarme.

Cuando salgo del baño, me cepillo el pelo con las manos porque no encuentro ningún peine y me lo seco lo mejor que puedo con el secador. Gracias a Dios, mi ropa está limpia — temía que alguien me hubiera echado una copa por encima la noche pasada —, aunque no huele demasiado bien. Veo un bote de perfume de hombre, y decido que mejor oler a eso que a sudor. Me echo dos gotas, las esparzo por mi cuello y mis muñecas, me vuelvo a mirar al espejo para darme el visto bueno y decido que ha llegado la hora de ser valiente y marcharme de aquí.

Cuando abro la puerta, la habitación está vacía, la cama ya está hecha, las cortinas corridas, no hay ropa por el suelo y la ventana está abierta. ¿Dónde demonios se ha metido... Jack?

— Venga, sé valiente — me digo a mí misma.

Salgo de la habitación y me encuentro con un enorme pasillo que parece no tener fin. ¿Dónde diablos estoy?

— ¿Hola? — pregunto, alzando un par de tonos mi voz.

— ¡Estoy al fondo, preciosa!

“Preciosa”, repito, frunciendo el ceño.

¿Pero ese tío quién se cree que es para llamarme preciosa?

Cuando llego al final del pasillo, me encuentro un enorme salón comedor unido a la cocina con una barra americana. Él, el de la corbata gris y camisa azul, Jack, está sentado en un taburete, en la barra.

— ¿Qué quieres desayunar? — me pregunta, guiñándome un ojo.

¡Madre mía, qué guapo es!

Menudo espécimen he escogido yo para poner en práctica mi fuerza de voluntad, mi independentismo y mis normas. Porque yo pongo las normas, ¿verdad?

— No voy a desayunar — respondo de forma cortante, cruzándome de brazos.

Veo que va vestido con traje, camisa, corbata, etc. La misma pinta de ejecutivo de ayer, pero lo peor es que hoy todavía parece más sexy. Además, después de

recordar lo salvaje y entusiasta que había sido conmigo en la cama...

— Lo que tú digas, preciosa.

Respiro hondo y decido concentrarme en lo que tengo que decirle.

— Verás, Jack... — murmuro y hago una pequeña pausa para ver si me corrige. No lo hace, así que recuerdo bien su nombre y me doy una palmadita ficticia a mí misma por mi buena memoria — , esta noche lo he pasado genial, pero ahora mismo no quiero ninguna relación ni nada serio, así que lo mejor será que me marche. ¿Vale?

Él me escruta de arriba abajo, analizándome. Después suelta una pequeña carcajada antes de responder.

— Lo que tú digas.

¿Por qué se ha reído? ¿Qué le pasa a este tío?

Sigue masticando su desayuno como si nada. La verdad es que no parece muy afectado, así que sospecho que algo estoy haciendo mal. ¿No se supone que si yo ponía las reglas él iba a estar detrás de mí? ¿Cuándo llega el momento en el que ocurre eso?

Resoplo, sujeto con fuerza mi bolso y decido que ha llegado la hora de no perder más el tiempo.

— Bueno, pues entonces, me marcho — señalo.

Él, sin dejar de masticar tortitas y sin prestarme atención, señala una puerta.

— ¡Que te vaya bien, preciosa!

La rabia corre por mis venas. ¿Pero este tío prepotente de qué va?

— ¡Ya, lo que tú digas! — respondo, imitándole con sarcasmo y sacudiendo la cabeza en señal de negación.

Me dirijo a la puerta, salgo al pasillo y cierro de un portazo.

— Un... ¿pasillo?

¡Joder, pero si estoy en un hotel!

Espero que la noche estuviera pagada, porque no llevo más que unos dólares sueltos en el bolso — eso si no me los gasté ayer, claro — y la tarjeta de crédito hace días que está en números rojos.

Decido que mejor no arriesgarme y pasar de largo en recepción. Nadie me para, así que, cuando salgo a la calle y levanto la mano para pedir un taxi, me siento aliviada. En realidad, siento una mezcla de alivio y malestar. ¿Qué demonios ha pasado con... Jack? Tengo la sensación de que no he cumplido demasiado bien con mi papel de “poner las reglas”.

Un taxi para al otro lado de la calle y me apresuro a cruzar hacia allí, impaciente, cuando tropiezo con un chico que lleva varios cafés en las manos y uno de ellos se derrama sobre mi camisa blanca.

— ¡Joder, joder! — grito, dando saltitos mientras me sacudo el líquido evitando que caiga en el pantalón.

¿Por qué todo tiene que pasarme a mí?

— ¡Perdona, lo siento! — exclama el muchacho, que parece tener unos dieciséis o diecisiete años — . ¿Te has quemado?

— ¿No ves que sí? — respondo de mala gana, mientras veo cómo un hombre se sube a mi taxi y poco después el vehículo arranca.

¡Genial!

— Oye, que no hace falta ser tan desagradable, ¿eh? — refunfuña el muchacho mirándome con mala cara y pasando de largo.

“¿Y ahora qué?”, me pregunto abatida, esperando a que algún otro taxi se detenga a mi lado. ¡Dios, esto es horrible! No puedo presentarme así en el despacho de Stew...

Cuando estoy a punto de llegar a la oficina y no puedo sentirme más hundida y desesperada, una idea se ilumina en mi cabeza y saco el teléfono móvil mientras un pequeño atisbo de esperanza se prende en mi interior.

— ¿Charlize?

— ¿Lindsay? — pregunta ella con voz pícaro — . ¿Cómo estás? Supongo que habrás descansado muchísimo...

— Ja, ja. Ahora mismo no estoy de humor — le corto para evitar que continúe por esos lares — . Necesito tu ayuda, es una emergencia.

Le explico lo que me ha pasado; que me he despertado en un hotel con Jack, que me han tirado un café encima, que llego tarde a la reunión con Stew y que no estoy, en absoluto, presentable.

— Tengo la solución — responde secamente — . Llámame cuando estés en el edificio y te diré qué hacer.

Sin añadir nada más, cuelga, y yo me desplomo en el asiento del taxi intentando calmar mis nervios.

Pago con los quince dólares que llevo en el bolsillo (el resto debí gastármelo en copas ayer) y me quedo plantada mirando la imponente fachada del edificio en el que están nuestras oficinas.

Saco el teléfono del bolsillo y voy marcando el número de Charlize mientras cruzo las puertas automáticas de la planta baja. Avanzo por el rellano y me cruzo con Tom el guapo, que se queda mirando fijamente mi camisa manchada de café.

“Esto va de mal en peor”, pienso, escuchando cómo los tonos se suceden uno detrás de otro sin respuesta alguna de mi amiga.

— ¿Lindsay?

— ¡Por fin! — suspiro — . ¿Cuál es el plan?

— Vete a los vestuarios, mi taquilla es la número doce.

¡Claro!

En muchas ocasiones, Charlize aprovecha su descanso del mediodía para salir a correr o ir al gimnasio. Suele hacerlo en sus temporadas de dieta estricta y obsesión con el físico, así que lo más probable es que tenga un par de prendas de recambio.

— ¿Tienes una camisa para dejarme? — murmuro esperanzada, plantándome justo en frente de la taquilla que me ha indicado.

— Algo así. El código es tres, dos, uno.

— ¿Tres, dos, uno? — repito — . ¡Vaya mierda de código!

Abro la taquilla y me sorprendo con un montón de pares de calcetines y varias toallas.

— ¿Para qué necesitas tantos calcetines, Charlize?

Ella suelta una tímida risita.

— A veces me huelen mal los pies — confiesa — , y como Tom el guapo se sienta cerca de mí...

— ¿En serio? — pregunto, incrédula, mientras reviso en la taquilla en busca de la prenda salvadora — . Aquí no hay ninguna camisa, Charlize.

— No, pero hay una camiseta de deporte blanca.

— ¡No puedo ir a la reunión con una camiseta de gimnasio! — exclamo horrorizada.

— ¿Tienes una opción mejor, Lindy?

# 4

Con la americana por encima, prácticamente puede pasar como una camiseta cualquiera. Aunque no puedo evitar sentirme algo ridícula.

Cruzo la oficina con paso poco decidido y con la mirada clavaba en la cristalera del despacho de Stew. Llego tarde, y lo peor de todo es que mi jefe no está solo: ¡está con Sherlyn!

Supongo que mi día ya no puede empeorar más y paso al interior, donde un silencio sepulcral me da la bienvenida. Sherlyn me inspecciona de pies a cabeza con una sonrisa socarrona y una mueca de victoria grabado en su semblante, y Stew arruga el rostro en una mueca de total desagrado.

— Otra vez tarde, Lindsay — escupe de malagana.

— Lo siento, señor, es que...

— Déjalo, déjalo — me corta, sacudiendo la mano para indicar que tome asiento junto a Sherlyn — . Bueno, ¿por dónde iba? — continúa, centrándose en Sherlyn — . ¡Ah, sí, claro! Estaba explicándote que el señor Ackerman llegará a media mañana y que se quedará aquí varios días para inspeccionar el correcto funcionamiento de esta sede.

— ¿El señor Ackerman vendrá a las oficinas? — repito, abriendo los ojos como platos.

¡Guau!

Stew pone mala cara antes de responderme.

— Así es, así que espero un comportamiento diferente por tu parte, Lindsay. Mientras el señor Ackerman esté instalado en estas oficinas, necesitará una

ayudante personal que le ponga al día de todo lo que precise saber. El señor Ackerman ya tiene demasiados asuntos que atender y necesitará alguien de confianza que organice su agenda.

No puedo creer lo que Stew está diciendo. Vale, no me hace ninguna gracia compartir la tarea con Sherlyn, pero... ¡Esta es la mejor oportunidad de mi vida! Demostraré lo mucho que valgo y será mi trampolín para el ascenso.

— ¿Y quién será la ayudante del señor Ackerman? — inquiera Sherlyn.

Yo arqueo las cejas y me digo a mí misma que la rubia es estúpida. Es evidente que seremos nosotras y que por esa misma razón Stew nos ha citado en su despacho.

— Serás tú, Sherlyn.

— ¿Có...Cómo?

Mi asquerosa compañera de trabajo sonríe con orgullo.

— Tú tendrás otras tareas que cumplir — continúa Stew, esta vez dirigiéndose a mí — . Serás..., cómo decirlo... mmm, la putilla de la oficina, Lindsay.

— ¿Có... cómo? — repito, espantada.

No tengo ni idea de qué significa eso, pero sea lo que sea, suena ilegal.

— Ya sabes, la chica “para todo”. Tendrás que ir a buscar los cafés del señor Ackerman, de Sherlyn y del resto del equipo con el que acuda, sacar fotocopias, etc. Ése será tu cometido, cumplir órdenes.

¿Cumplir órdenes de... Sherlyn? Creo que estoy a punto de desmayarme, pero Stew no parece darse cuenta y continúa con la charla.

— Espero que ninguna de las dos me deje en mal lugar y que ambas os comportéis a la altura de las circunstancias.

— Desde luego, señor — responde Sherlyn con aire profesional.

— Muy bien, pues entonces podéis comenzar. Sherlyn, te he enviado un correo electrónico con los archivos que el señor Ackerman ha pedido revisar. Búscalos, imprímelos y prepáralos para cuando lleguen. Lindsay, la oficina tiene que estar impecable. Tenemos que dar buena impresión y parecer

profesionales, ordenados y correctos, así que asegúrate de que todo esté en condiciones.

— ¿En condiciones?

Stew, irritado por tener que volver a explicarse, suspira hondo.

— Sí, en condiciones. Comprueba que las mesas estén limpias, que nadie haya fumado en los lavabos, que las papeleras estén vacías y que no haya mocos debajo de las sillas. ¿Lo entiendes?

— Mocos debajo de...

— Podéis marcharos — me corta, sacudiendo la mano para indicarnos que la conversación ha terminado.

Estoy traumatizada.

Cuando me siento en mi mesa aún estoy en shock, y Charlize (que ya ha llegado a trabajar y está sentada en su sitio) se ha girado con preocupación para comprobar que todo haya salido bien con Stew. Pero no, las cosas no van bien.

“¿Café?”, pregunta en un email. Yo le respondo que “por favor” y no pierdo ni un segundo a la hora de levantarme de mi silla. Corro hacia la sala de los cafés y cuando abro la puerta, me sorprendo con Sherlyn y la estúpida de su compañera. Debe de estar poniéndole al día de su “repentino ascenso”, y es evidente que también le ha relatado mi “patético descenso” porque ambas comienzan a reírse como niñas atontadas cuando me ven en el umbral.

— ¡Bonita camiseta, Lindsay! — se ríen, sacándome de quicio.

Cierro la puerta de un portazo y decido que paso del café.

— ¿Qué ocurre? — pregunta Charlize cuando me tropiezo con ella en mitad del pasillo.

Para entonces ya tengo los ojos repletos de lágrimas y rozo lo que creo que se denominaría un ataque de ansiedad.

— La arpía y su perro faldero...

Charlize me abraza levemente y se separa de mí.

— ¿Qué ha pasado, Lindsay?

Parece preocupada, así que logro explicar todo brevemente entre gimoteos y sollozos.

— ¡Stew es un cabrón! — escupe, indignada.

En eso último ambas estamos de acuerdo.

— Sí que lo es, sí.

## 5

Reviso las papeleras, recojo las mesas, limpio las manchas del cuarto del café (sospecho que la arpía ha salpicado la mesa queriendo) y después vuelvo a mi puesto de trabajo para completar las tareas que tengo pendientes. Nada. Stew no me ha mandado nada significativo para hoy.

Me resulta increíble y tremendamente patético que, a pesar de trabajar para una de las firmas más importantes de anuncios publicitarios y de tener varios títulos universitarios a mis espaldas, esté limpiando mesas y me vaya a dedicar (al menos durante las próximas semanas) a preparar y llevar cafés. A pesar de la ilusión que debería de causarme que el jefe supremo nos visite, no estoy en absoluto entusiasmada. Espero que el señor Ackerman no pase demasiado tiempo en nuestras oficinas y se marche cuanto antes.

“¿Estás mejor?”, me pregunta Charlize en un email.

No contesto, y poco después recibo un mensaje de texto de Cora. Genial, para las diez de la mañana, mi círculo más cercano de amistades y media oficina (Sherlyn no ha perdido ni un minuto a la hora de contarlo) ya saben que he sido rebautizada como la “putilla” de la oficina. O mejor dicho, la “putilla” del señor Ackerman. ¿Acaso podía haber caído más bajo?

— ¡Todos atentos! — grita Stew, abandonando su despacho — . Sherlyn, por favor, ven a mi despacho — , el resto continuar con vuestras tareas y procurar aparentar cierta profesionalidad. Acaban de avisarme de que el señor Ackerman está subiendo en el ascensor.

Se escucha un grito ahogado recorriendo las mesas y levanto la mirada hacia Charlize, que sonrío de forma entusiasta con la mirada fija en la puerta de entrada.

“¡Traidora!”, pienso. Aunque en realidad ni siquiera sé por qué. ¿Qué culpa tiene Charlize de que mi jefe quiera mangonearme? Sí, es cierto que ayer me quedé dormida en mi mesa... Y también es cierto que suelo llegar tarde bastantes días de la semana... Pero luego cumplo con mi trabajo y soy muy

profesional.

Entonces la puerta se abre y varios hombres entran al interior de las oficinas. Escucho a varios empleados pronunciar al unísono “buenos días, señor Ackerman”. Creo que uno de ellos ha sido Tom el guapo, que desde luego no puede ser más pelota.

Evito mirar a los ojos a los recién llegados y centro mi atención en la pantalla del ordenador. Continúo escuchando lo de “buenos días, señor Ackerman” o “un placer tenerle aquí, señor” cada vez más cerca y doy por hecho de que se están acercando a mí. Para pasar a los despachos tienen que cruzar por delante de mi mesa. Observo los elegantes zapatos de traje que los nuevos invitados visten, aproximándose a mí. Me pregunto a mí misma si yo también debería unirme al coreado de “buenos días” o mantenerme concentrada como si no estuviera pasando nada. En fin, más tarde seré la que le prepare los cafés y saque fotocopias, así que lo mejor será que nos conozcamos llegado el momento y me abstenga de incómodos saludos hasta entonces.

Un par de ese montón de elegantísimos zapatos se detiene frente a mí y el resto, le imitan.

“Oh, no” pienso, justo antes de que Stew hable.

— Lindsay... — murmura mi jefe con tono malhumorado.

Yo levanto la cabeza sonrojada.

Al parecer, lo de “buenos días, señor Ackerman” formaba parte de un protocolo no ensayado.

— Buenos días, señores — digo, procurando sonreír agradablemente —. Estaba concentrada y no me percaté de su llegada.

Stew frunce el ceño. Evidentemente, no me cree.

Uno de los hombres se acerca a mi mesa. “¿Qué hace?”, me pregunto, clavando la vista en él.

— ¡Oh, dios mío! — exclamo en un susurro.

Es él.

No, no puede ser él. Él no puede trabajar para el señor Ackerman.

— Interesante... — ronronea con una sonrisa picarona, contemplando la pantalla de mi ordenador.

Yo me apresuro a clickar sobre la cruz que cierra todas las páginas, haciendo desaparecer al instante la revista de corazón que tenía abierta.

— Ahora comprendo por qué estaba usted tan concentrada, señorita...

— Bass — concluyo, sonrojándome aún más.

Debo de tener el rostro al rojo vivo en este instante. Stew me mira expectante, seguramente esperando alguna explicación por mi parte, pero yo continúo sonriendo atontadamente esperando a que este bochornoso momento quede atrás con rapidez.

— Señor Ackerman, ¿quiere pasar a ver su despacho? — interrumpe Stew.

Yo repaso con la mirada a los presentes, expectante. Apuesto a que el hombre del pelo canoso es el jefe supremo de esta empresa.

— Claro, pasemos — responde Jack.

¡Oh, Dios mío!

Él me sonríe fugazmente y yo agacho la mirada, avergonzada. Me siento realmente estúpida cuando el grupo de empresarios desfila frente a mí, dejándome atrás.

Estoy intentando procesar todo lo que ha sucedido cuando me llega un mensaje de Charlize, preguntándome exactamente eso mismo; a ver qué es lo que ha sucedido. No respondo. Aún no consigo creer que Jack, el Jack con el que me acosté anoche, ése al que he mandado a paseo hace tan sólo unas horas (bueno, no me queda muy claro quién ha mandado a paseo a quién), ése que está para comérselo con pan y queso, ése que tendrá aproximadamente mi edad, es mi jefe. Y el jefe de mi jefe, y el jefe del jefe de mi jefe. El jefe por excelencia, el jefe supremo. El maldito multimillonario que fundó esta empresa de publicidad. Debe de sonarse los mocos con billetes verdes, lo que me hace sentir una especie de rabia y envidia hacia él.

“Me he acostado con el jefe”, me digo mentalmente.

¿Y eso qué significa exactamente? ¿Qué va a despedirme? ¿Debería preocuparme el hecho de que me haya pillado revisando revistas del corazón? Evidentemente, sí.

“Lindsay, despídete de tu empleo”.

— ¿Qué diablos acaba de pasar? — pregunta Charlize, agachándose junto a mi mesa.

Yo abro la boca dispuesta a responder algo, pero la verdad es que no sé muy bien cómo explicarme.

— ¿Lindy? ¡Cuéntamelo!

Aún en trance, me levanto de mi mesa, sujeto a mi amiga por el brazo y la arrastro hasta la salita de café. Soy consciente de que toda la oficina está mirándome desde hace un buen rato, lo que me hace sentirme aún más intimidada.

— Es Jack — susurro en su oreja después de asegurarme de que estamos a solas.

— Sí, Jack Ackerman.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

— ¿De verdad no le reconoces? Es Jack, Charlize, Jack. El buenorro de la corbata gris con el que me marché del pub anoche.

— ¡NO! — grita, histérica, tapándose la boca con ambas manos.

Yo asiento con cara de circunstancia.

— Sí, me temo que sí.

— ¿Y te ha reconocido?

— Es evidente que sí — confirmo, frustrada. Charlize guarda silencio asimilando la noticia que acabo de darle — . Creo que me va a despedir...

— No lo creo. ¿Por qué iba a despedirte?

— Porque seguí vuestro consejo y le dije que no quería volver a saber nada de él... — respondo con voz temblorosa.

No me doy cuenta de la congoja que siento hasta que el nudo en mi estómago me estrangula las entrañas.

— ¡Oh, no...!

— ¡Por Dios, Charlize! ¿Qué voy a hacer?

Ella coloca una mano sobre mi hombro. Su mueca delata que está tan impactada como lo estoy yo desde hace un buen rato.

— No te preocupes, todo saldrá bien... — me dice, sonriendo. Aunque la conozco bien y sé que no piensa lo que me está diciendo.

## 6

Sherlyn lleva toda la mañana desfilándose por las oficinas y pavoneándose de su nuevo ascenso. Bueno, no es precisamente un ascenso, aunque ahora mismo cualquiera de los empleados de la empresa se moriría por estar en su lugar. Entra y sale constantemente del despacho del señor Ackerman con una radiante sonrisa que ninguno de los presentes pasamos por alto. ¡Qué rabia me da! ¡Y qué mal me cae!

— ¿Lindsay? — se dirige a mí con un tono de superioridad, plantándose frente a mí mesa.

Yo levanto la mirada hacia ella con una sonrisa irónica en el rostro.

— ¿Qué quieres, Sherlyn?

— Dos cafés. Uno con leche desnatada y sacarina y otro solo, con azúcar. Gracias.

No dice nada más antes de darse la vuelta y desaparecer en dirección a su mesa.

¡Lo que me faltaba! ¡Una cosa es que le tenga que llevar los cafés a Ackerman y otra muy diferente es que tenga que ser la sirvienta de Sherlyn!

Cuando me levanto de la mesa la sangre hierve en mis venas. Preparo los dos cafés mientras me pregunto cuánto tiempo podré soportar esta situación. Dos días, tres... ¿Una semana? No, definitivamente, no podré soportar a Sherlyn una semana.

Voy a coger los vasos cuando resuena mi teléfono móvil con el seco pitido que señala un mensaje nuevo. Es Cora, me desea suerte y me manda mucho ánimo.

— Lo voy a necesitar... — murmuro en voz alta.

Me dirijo a la mesa de Sherlyn y coloco los dos cafés sobre su mesa. Estoy deseando salir corriendo de allí, pero ella me retiene.

— El solo con azúcar puedes llevárselo al señor Ackerman. Gracias.

Ni siquiera ha levantando la cabeza de la pantalla para dirigirse a mí. ¿Pero quién se cree que es esa estúpida? ¿Y por qué se piensa que puede mangonearme de esa manera? Si no recuerdo mal, Stew ha dicho que tendría que complacer a Ackerman, no a Sherlyn. ¿Qué parte no ha entendido la arpía?

— Date prisa, Lindsay. Se lo vas a llevar frío.

Tuerzo una mueca extraña. Creo que he intentado sonreír falsamente, pero en el último instante el odio que siento hacia esa mujer ha vencido la pantalla y la sonrisa se ha quedado en un gesto repulsivo.

De lejos, Charlize me levanta ambos pulgares. No entiendo muy bien qué significa ese gesto e inconscientemente también le devuelvo otro gesto repulsivo. Hoy odio a todo el mundo.

— ¿Señor Ackerman? — inquiero, abriendo levemente la puerta de su despacho.

Jack Ackerman está inmerso en una pila enorme de papeles.

Levanta la cabeza, me observa de arriba abajo y, por un instante, me parece ver que dibuja una leve sonrisa.

— Pase, señorita Bass.

Obedezco y entro al interior. Me acerco hasta su mesa y coloco el café frente a él.

— Su café.

— Ya veo — responde, aún con la mirada fija en mí.

Me resulta intimidante hasta que, de pronto, recuerdo todas las escenas que ocurrieron la noche atrás y un rubor incómodo asciende por mis entrañas.

— Vaya cosas tiene el destino, ¿no cree, señorita Bass?

Me esfuerzo por asentir con un leve movimiento de cabeza porque estoy convencida de que no seré capaz de pronunciar una sola palabra en voz alta. Bueno, quizás sí, pero seguro que los nervios me delatarían y mi voz resonaría aguda e insoportable.

Al final, Ackerman baja la mirada y regresa a la pila de papeles. Interpreto con ese gesto que ya puedo marcharme y me doy la vuelta de forma brusca, torpe y apresurada para salir al interior. ¡Y tanto qué torpe! No me he tropezado conmigo misma de milagro.

— Señorita Bass, ¿qué le ha ocurrido?

Vuelvo a girarme hacia el guapo y sexy de mi jefe. Es decir... Hacia el señor Ackerman, a secas.

— No comprendo a qué se refiere, señor...

¡Bien! ¡Mi voz no suena tan patética como había imaginado en un principio!

— Me refiero a su blusa — dice, señalándome — , o mejor dicho, a la blusa que llevaba esta mañana.

Si quedaba algún atisbo de esperanza de que no me hubiera reconocido, ya ha quedado disipado. Sonrío y, mientras lo hago, siento cómo me sonrojo.

— Me tiraron un café cuando salía de su hotel.

El asiente y reprime una risita.

¿De verdad se está riendo de mí?

— ¿Y ha decidido que una camiseta deportiva antitranspirante es una buena opción para presentarse en su puesto de trabajo?

Acaba de dejarme K.O. No sé qué decir.

— No tenía más opciones, señor Ackerman.

— ¿Ha intentado limpiar la mancha de café en el lavabo?

Otra me vez me deja planchada.

— Sí, pero no salía — miento con descaro.

¿Por qué demonios no he intentado limpiar la mancha antes de recurrir a esta camiseta de Charlize? ¿Cómo no se me ha ocurrido?

El vuelve a sonreír con socarronería.

— Vaya... — murmura, pensativo — . Bueno, señorita Bass, valoro mucho la buena presencia de mis empleados, así que si no le importa le diré cómo debe venir vestida a partir de hoy.

¿Cómo? ¿En serio?

Trago saliva y asiento en silencio.

— Claro, señor Ackerman. Como usted guste.

Jack Ackerman se muerde el labio con una media sonrisa. Es más que evidente lo mucho que está disfrutando con la situación.

Cuando salgo de su despacho me viene a la mente la última frase que me ha dicho esta mañana antes de que me marchara de su hotel: “qué te vaya bien, preciosa”.

— Menuda ironía...

# 7

Manhattan nos sorprende con una pequeña llovizna mientras Cora y yo corremos en dirección al siguiente escaparate.

— Aquí hay faldas de tubo hasta la rodilla — dice, señalando una falda gris que tienen expuesta al fondo — . También tienen camisas blancas.

Agudizo la vista para descifrar su etiqueta a pesar de la distancia. Setenta y cinco dólares.

— Pasemos de largo, no me da el presupuesto.

Cora suspira hondo y me agarra del brazo para obligarme a pasar al interior.

— Estoy harta de dar vueltas y nos estamos calando enteras. ¡Vamos!

Vamos repasando las prendas expuestas con detenimiento. Todas parecen elegantes y entran dentro de los parámetros indicados por Jack Ackerman, pero ninguna se acerca al presupuesto que me he establecido. Aunque, bueno, la cosa está complicada. ¿Dónde demonios voy a encontrar una falda de tubo, ceñida al cuerpo y de aspecto presentable por menos de veinte dólares?

— Deja de preocuparte por el dinero, pago yo. Ya me lo devolverás.

Estoy a punto de responderle que no aceptaré su caridad cuando me lo pienso dos veces y decido que no tengo más opciones.

— Gracias — murmuro avergonzada — . Te devolveré hasta el último centavo.

Cora asiente, coge una de las faldas y la estampa contra mi pecho.

— Pruébatela, me gusta. Y como pago yo...

¡Genial, ahora hasta mi amiga decide por mí!

— ¡Venga! — me insta tras ver mi mala mueca, empujándome en dirección a los vestuarios.

Mientras me desnudo, escucho a Cora vociferando de fondo que debería demandar a mi jefe en recursos humanos.

— Lo que te ha pedido es ilegal. En las normas de la empresa tan sólo especifica una vestimenta formal, nada más. No puede decirte cómo debes ir vestida a trabajar.

Creo que demandar a Jack Ackerman, el jefe supremo, no es una buena idea. En absoluto. Sospecho que la cosa terminaría realmente mal para mí.

— No pienso demandar a mi jefe.

— Es un capullo — señala, tamborileando con sus dedos sobre la puerta del vestuario —. Se está aprovechando de la situación, por lo que también podrías demandarle.

— ¿Más demandas?

— Claro, por abuso sexual — asegura.

No sé si Cora es enfermera o abogada.

— No voy a demandarle.

Y dicho eso, salgo del vestuario embutida en la maldita falda de tubo gris. Cora me examina de arriba abajo con una sonrisa juguetona.

— ¿Crees que será un fetiche? Ya sabes, de las faldas de tubo y el look de secretaria sexy.

Pongo los ojos en blanco y después me giro hacia el espejo para comprobar el resultado final.

— Creo que sólo quiere hacerme la vida imposible — murmuro, recolocándome la cinturilla en su sitio —. Bueno, de alguna forma, su orgullo de hombre tiene que sentirse herido, ¿no? Me marché de allí sin siquiera

presentarme.

— Pero, ¿no me has dicho que no parecía afectado?

— No, bueno... No lo parecía, pero es evidente que lo está. ¿Qué tal me queda? ¿No me hace el culo un poco gordo?

— Te hace, ni más ni menos, el culo que tienes.

Odio la sinceridad de Cora.

— Gracias — refunfuño de forma antipática antes de volver a meterme dentro del vestuario.

Me deshago de la prenda (que, además, me resulta incomodísima) y salgo con ella en la mano para reunirme con Cora justo en el instante en el que mi teléfono móvil suelta varios pitidos. Le paso la falda a mi compañera de piso y mientras ella se dirige al mostrador para pagar, yo reviso el teléfono. Tengo dos mensajes y un email. Uno de los mensajes es de Charlize; quiere saber dónde estamos para reunirse con nosotras. Otro de los mensajes es de... ¡¡Bill!! ¡¡El camarero del Red Pub!!

“Perdona, Lindsay.

He estado varios días liado. ¿Te apetece que nos volvamos a ver? A mí también me gustó mucho”.

Lo tengo que releer tres veces para comprender que es cierto. ¡Vaya! ¡Ha estado unos días muy liado! ¿Debería de creerme esa excusa patética? Aunque, en realidad, si lo pienso bien, tampoco ha tardado tanto en escribirme, ¿no?

— ¿Nos vamos? — pregunta Cora, acercándose a mí con la elegante bolsa de la tienda colgando del brazo.

No me lo pienso dos veces antes de responderle a Charlize: “nos vemos en el Red Pub”.

Por el camino le releo a Cora el mensaje que me ha mandado el camarero y debatimos brevemente sobre si debería responderle o no. Bueno, puede que resulte un tanto sospechoso que nada más recibir su mensaje nos plantemos en el pub, pero creo que el vernos cara a cara me concede cierto grado de ventaja sobre la situación.

— Vuelves a las andadas — asegura Charlize cuando nos encontramos con ella en la entrada del local — , otra vez arrastrándote por los hombres, Lindy... ¿Cuándo vas a aprender?

— Debería de haber aprendido la lección hace tiempo — coincide Cora — . ¿Qué tal?

Charlize suspira.

— Agotada. Odio coger el metro...

Pasamos al interior y una ligera música tecno nos da la bienvenida. El Red Pub es un local moderno con enormes cristalerías, butacas, sofás rojizos y un decorado plateado que pretende dar al establecimiento un aire sofisticado. Es el sitio que más de moda está en Manhattan y, así que como es habitual, está hasta arriba.

— ¿No te ha traído Dexter? — pregunta Cora a gritos, abriéndose paso entre la gente para lograr alcanzar una mesa del fondo que acaba de librarse.

— No, la verdad es que últimamente está muy ocupado con el trabajo y casi no coincidimos. Ya sabes, los turnos pueden ser agotadores...

Cora asiente.

Sólo la gente que trabaja de noche sabe lo demoledor que puede resultar.

Alcanzamos la mesa y tiramos las chaquetas sobre el sofá para dejar bien claro que está todo ocupado. Cora se presta voluntaria para ir a pedir a la barra, cosa que me parece de maravilla. Necesito una espía que compruebe si Bill está trabajando o no; después ya tendré tiempo de pensar si acercarme para hablar con él o pasar del asunto.

— Eres una masoquista, ¿lo sabes, no? — inquiere Cora, aunque no parece que lo pregunte en broma.

— ¿Me vas a contar qué ha pasado con el jefazo?

Yo suspiro.

Estoy harta de hablar del “jefazo”.

— Ya lo sabes. Nos acostamos, pasé de él, y ahora me está devolviendo la papeleta.

— ¿Y qué vas a hacer, Lindy?

Yo me encojo de hombros y me dejo caer sobre el asiento.

— Voy a intentar no cruzarme con él más de lo necesario, aguantar sus órdenes durante estos días y, después... Bueno, cuando se marche todo volverá a la normalidad.

— ¿Chicas?

Cora se queda mirándonos con las copas en la mano. Coloca los margaritas sobre la mesa y después señala la barra.

— ¿Está Bill?

Ella asiente antes de responder.

— Pero no solo está Bill... — murmura, justo antes de soltar una risita — . ¡También está tu jefe!

— ¡No puede ser verdad! — gritó, histérica, mientras salto del asiento para comprobarlo.

Pues sí, allí está. Al otro lado del local, sentado en la barra con una mujer de piernas largas y vestido corto que podría ser uno de los ángeles de Victoria Secret perfectamente.

— ¡Oh, Dios mío...! — exclamo, escondiendo mi rostro entre ambas manos — , esto no puede ser verdad...

— ¿Pero qué esperabas? ¡El Red Pub es el sitio de moda en Manhattan! ¡Aquí viene todo el mundo!

Cora tiene razón.

Desde luego, ha sido una pésima idea venir por aquí...

— ¿Quieres que nos marchemos? — pregunta Charlize, frunciendo el ceño.

Al menos ella parece entenderme. Al fin y al cabo, ha visto el sufrimiento al que he estado sometida toda la mañana.

— Sí, por favor. No podría soportar cruzármelo también aquí...

— ¿Y los margaritas? — pregunta Cora, espantada.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

— Te invitaré a otro en cualquier lugar que no sea éste.

— ¿Cómo? No tienes dinero ni para pagar el billete de vuelta — se ríe Cora, bromeando.

Charlize le da un codazo.

— Venga, escapemos de este lugar antes de que sea tarde. A mí tampoco me gustaría encontrarme con mi jefe...

Cora recoge las chaquetas y, tras colocarnos los bolsos en posición de guerra, nos liamos a empujones para lograr alcanzar la salida. La fina llovizna cae sobre mi cabello y, al final, consigo recuperar la respiración que llevo conteniendo desde hace varios minutos.

— ¡Eh, Lindsay!

Escucho mi nombre y mi corazón comienza a latir aceleradamente. Cuando me giro de vuelta, me sorprende cara a cara con Bill. El guapo y sexy Bill.

— Hola — saludo, dejando entrever una leve sonrisita.

Charlize y Cora sueltan un suspiro irónico en mi espalda.

— Estaba convencido de que eras tú — asegura, caminando para reunirse conmigo — . ¿Qué tal? ¿Has recibido mi mensaje?

— La verdad es que sí — confieso — , pero aún no he decidido qué contestar.

— ¿Aún no has decidido si salir conmigo de nuevo?

Yo asiento y frunzo el ceño adoptando un aire misterioso.

— ¡Venga, hombre! ¡Lo pasaremos bien!

Guardo silencio unos segundos, pensativa, mientras las vocecitas de Cora y Charlize continúan llegándome de fondo.

— Bueno, vale...

— ¿Sí? ¡Genial! ¿Este viernes? — pregunta de forma apresurada para evitar que yo pueda cambiar de idea.

— Sí, vale, este viernes.

— Salgo a las siete. ¿Qué te parece si nos vemos aquí? Ya pensaremos qué hacer después — añade, guiñándome un ojo de forma jocosa.

— Vale, genial. Hasta el viernes.

Alza la mano en señal de despedida y desaparece dentro del local.

“¡Madre mía! ¡Qué día tan extraño!”, pienso, suspirando hondo y procesando todo.

— Estás hecha una ligona, ¿eh? — se ríe Charlize junto a Cora.

Yo contoneo las caderas, feliz, pasándolas de largo.

— ¡Venga, a caminar! — grito entusiasmada y feliz porque nuestro pequeño paseo hasta el Red Pub haya terminado tal y como esperaba.

## 8

La imagen que me devuelve el espejo no concuerda, en absoluto, con la Lindsay que suelo ser. Llevo tacones bajos, pero elegantes — me los ha prestado Cora —, la falda de tubo nueva y una camisa negra remetida en su interior. Estoy... No sé cómo decirlo... ¿Ridícula? Sí, así me siento.

Supongo que nada más cruzar el umbral de la oficina todas las miradas se volverán hacia mí y los cuchicheos serán otro añadido más.

“En fin”, pienso, tragándome el orgullo, “todo sea por mantener el trabajo que me paga el alquiler”. Eso, y porque sé que si me despiden jamás lograría entrar en otra empresa tan buena como la actual.

Me sorprende comprobar que durante mi trayecto en metro nadie se ha percatado en mí. Bueno, sí, creo que un hombre trajeado que viajaba un vagón más atrás me estaba mirando con ojitos y me ha sonreído, pero nada raro más allá de ahí. Es más, me he sorprendido al comprobar que más gente de la que pensaba se viste de esta manera para acudir a su puesto de trabajo.

Cuando salgo del túnel, me topo otra llovizna neoyorkina. Últimamente no deja de llover.

— ¿Señorita? Perdone... ¿Hola?

Me cuesta comprender que el chico guapo — mejor dicho, guapísimo — y trajeado que está hablando se dirige a mí. Pestañeo, intentando no aparentar incredulidad, y sonrío.

— ¿Sí?

El también me sonrío.

¡Madre mía! ¡Creo que también está flirteando conmigo! ¡Otro más!

— ¿Quiere que la cubra hasta el otro lado? Yo también voy a cruzar — me dice, señalando su paraguas.

— Sería un detalle, sí — murmuro, colocándome a su lado.

Huele a perfume varonil. Varonil y caro, seguro.

La luz que da paso a los peatones se ilumina y ambos comenzamos a cruzar junto a la multitud. Procuero mantener el ritmo de sus pasos y evitar pisar los charcos que se han formado en la carretera, con éxito. Cuando llegamos al final de la calle, me quedo plantada observando la fachada del edificio.

— ¿Trabajas aquí? — pregunta el chico .

Yo sonrío tontamente.

— Lindsay. Y sí, trabajo aquí.

— Grayson. Yo también trabajo aquí, quinta planta. Inversiones.

— Tercera planta — específico — . Publicidad.

El suelta una carcajada y me señala la puerta para que pasemos al interior.

— Un placer conocerte, Lindsay. Espero verte pronto por aquí.

Asiento, algo sonrojada, y me despido de él con un gesto silencioso.

¡Pero bueno! ¿Qué demonios está pasando? Toda la vida siendo invisible y llevándome un fracaso detrás de otro y, ahora, por fin, la suerte parece ponerse de mi parte.

Subo hasta mi planta con una mueca estúpida de satisfacción. Cuando rodeo la mesa de Sherlyn y escucho sus cuchicheos ni siquiera me inmuto. No me importa lo más mínimo porque... Hoy tengo un buen día. Mejor que eso, en realidad; hoy tengo un día genial.

— Llegas puntual — me saluda Charlize — . ¿Y esa cara? ¿Qué demonios pasa contigo?

— Nada, que tengo un buen día. Sólo eso.

Ella frunce el ceño, escrutándome con atención.

— Ya... — murmura con tono escéptico — , seguro...

El murmullo habitual de primera hora en la oficina cesa y todos nos giramos hacia la puerta para descubrir el por qué del repentino silencio.

Como no, Jack Ackerman está entrando.

— Me voy a mi mesa — susurra Charlize en voz muy baja — , luego me cuentas.

— ¡No hay nada que contar! — exclamo, un poco más alto de lo que pretendía.

El señor Ackerman va pasando por delante de todo el mundo, saludando y dando los buenos días con su tono de voz amable y bonachón. Mi mesa es la siguiente por la que le toca pasar, así que me apresuro a colocarme bien la camisa, la falda y el estúpido moño que me he hecho en la cabeza. Preparo la mejor de mis sonrisas, esperando que mi aspecto actual sea de su agrado, pero me llevo una decepción. Cuando pasa frente a mí, ni siquiera se detiene a saludarme. Es más, ¡ni siquiera desvía la mirada hacia mí!

Clavo mi mirada asesina en su espalda y, por un instante, deseo que se gire y se dé cuenta de mi expresión de odio. Pero no lo hace. Continúa caminando hacia su despacho hasta que unos segundos después se escucha el golpe seco de su puerta cerrándose. Entonces, y solo entonces, el murmullo habitual de primera hora de la oficina se reanuda en el mismo punto en el que se había detenido.

— ¡Oye, Lindsay! — me saluda Tom el guapo desde su mesa — , ¡me gusta tu nuevo look!

Creo que es la primera vez que se dirige a mí en estos dos últimos años.

— ¡Gracias, Tom! — exclamo, antes de volver la mirada hacia mi ordenador para controlarme.

“No te sonrojes, Lindsay, no lo hagas”, me digo a mí misma. ¿Pero qué demonios está pasando?

La mañana pasa con total tranquilidad.

Ni Stew, ni la estúpida de Sherlyn ni el prepotente de Ackerman me molestan en varias horas. Aprovecho para tomar un par de cafés con Charlize y ponerle al día de los últimos cotilleos. O mejor dicho, de mi golpe de suerte.

— ¡Guau! ¿Tom el guapo? — repite, incrédula.

Yo asiento entre risitas hasta que Sherlyn interrumpe en la sala.

— El señor Ackerman está buscándote, Lindsay — señala con el ceño fruncido — . No parecía muy contento.

— Gracias... Ahora mismo voy.

No puedo evitar pasar por alto cómo se queda mirándome la repulsiva de Sherlyn, repasándome de arriba abajo con descaro. En fin, me da igual. Creo que lo mejor será empezar a obviar sus gestos y sus comentarios — al menos por ahora, ya que parece haberse convertido en la mano derecha de Stew y del señor Ackerman — .

Toco repetidas veces la puerta del despacho de mi jefe, pero no responde nadie y tampoco escucho ningún ruido que provenga del interior.

— La estaba buscando, Lindsay.

Sobresaltada, me giro hacia él.

— Sí, lo sé — respondo, cortada, sin ser capaz de dar una explicación.

Él frunce el ceño.

Parece malhumorado y cansado, la verdad. Me percató de que unas negras y profundas ojeras — que ayer no tenía — se han formado debajo de sus ojos.

— ¿Ha pasado una mala noche, señor? — inquiero, aunque de la misma me arrepiento de la pregunta y de malmetirme donde nadie me llama.

Además, después de haber pasado una noche con él, no debería de sorprenderme. Más aún después de haberle visto el día anterior con aquella modelo en el Red Pub.

— Ve a por tu abrigo — me responde, ignorando mi comentario — , quiero que me acompañes a almorzar.

— ¿Yo?

Él pasa a su despacho y rodea la mesa para coger su chaqueta americana.

— Sí, tú. Date prisa.

Todo el mundo se queda mirándonos fijamente cuando el señor Ackerman y yo

cruzamos la oficina y abandonamos juntos la planta. Nadie, ni siquiera Sherlyn, es capaz de apartar la mirada de ambos. Aunque este almuerzo no me hace la menor gracia, me percaté de que la arpía nos observa con envidia y eso revuelve un sentimiento de victoria en mi interior.

Ackerman pulsa el botón que llama al ascensor y después saca su teléfono móvil. Le miro de reojo, pero pronto me arrepiento de haber desviado la vista hacia él. ¡Dios, qué guapo es! Aunque ahora mismo me cae un poco mal, no puedo evitar pensar en nuestro encuentro nocturno y suspirar por él. Evidentemente, no volvería a cometer una locura de ese calibre, pero... Sí, no puedo negarme a mí misma que Ackerman es sexy, guapo, imponente, rico y, encima, sofisticado.

— Salgo en dos minutos. Sí, que el coche me esté esperando en la entrada. Muy bien.

Y después, cuelga.

El ascensor ya está aquí y ambos nos subimos en su interior. El silencio que se forma entre nosotros es tirante e incómodo, y decido que debo de hacer algo al respecto o el almuerzo será totalmente imposible de soportar.

— Parece que no deja de llover, ¿verdad?

Ackerman me mira fijamente, sin responderme.

Le aguanto la mirada unos segundos, pero al ver que ni dice nada ni deja de observarme, termino sintiéndome aún más incómoda y agacho la cabeza. ¿Pero qué le pasa a este tío?

— No están permitidas las relaciones entre empleados. Lo sabes, verdad, ¿Lindsay?

Frunzo el ceño, pensativa, sin entender a qué viene ese comentario.

Me doy cuenta de que, una vez abandonadas las oficinas, el tono de voz con el que se dirige a mí es completamente diferente.

— No, la verdad es que no lo sabía.

Cuando levanto la cabeza, él aún me está observando.

— Pues ahora ya lo sabes — concluye, justo en el instante en el que el

ascensor llega a la planta baja.

Echo a caminar detrás de él; cruzamos la salida y, después, ambos nos subimos a la parte trasera de un vehículo que más bien parece una limusina. ¡Guau! ¡Cuánto lujo!

No me imagino lo que debe de ser vivir una vida como la de Jack Ackerman, sin contar los dólares que te quedan a final de mes en la cuenta bancaria o sin tener que recibir órdenes de nadie en particular. Hacer lo que a uno le apetece, sin consecuencias y sin dar explicaciones. Sin que nadie te juzgue, sin tener que demostrar nada para obtener algún tipo de reconocimiento. Sin resultar ser una fracasada.

El chófer debe de saber de antemano a dónde vamos, porque conduce por la ciudad sin recibir ningún tipo de indicación. Durante los diez minutos de trayecto, Ackerman y yo no cruzamos más que cuatro palabras. “Manhattan en estas fechas es realmente preciosa”, le digo, sonriéndole de forma agradable, “Central Park se vuelve impresionante”. A pesar de mis esfuerzos por resultar agradable, Ackerman me responde a todo con pequeños monosílabos de forma muy cortante.

¿Por qué se empeña en que le acompañe a este almuerzo si es evidente que, después de lo que ha pasado entre nosotros, no le caigo bien? ¿No sería mejor ignorarnos hasta que tenga que marcharse?

El coche se detiene frente a un elegantísimo restaurante y el chófer se apresura a abrirme la puerta. No puedo negar que me siento como una princesa, aunque intento mantener la compostura y aparentar que todos los días almuerzo en sitios como éste.

Nos colocan en una de las mesas más apartadas, al fondo. El lugar resulta íntimo y el ambiente es tranquilo. Un piano suena al fondo, reproduciendo una melodía suave y tranquila. Aunque no sé de música, supongo que la pieza que se escucha es clásica.

— Bienvenido de nuevo, señor Ackerman — murmura una camarera, colocándose junto a nosotros — . ¿Qué desea tomar hoy?

No paso por alto cómo la mujer mira a mi jefe. Parece que le está desnudando con la mirada y me cuesta creer que Ackerman no se dé cuenta del detalle.

— Lo mismo de siempre, Sandy. Para beber tráiganos un gran reserva. El más

caro que tengáis en carta.

— Claro — responde, mordiéndose el labio en un patético intento de controlar sus impulsos — . ¿Y para la señorita? — pregunta, aunque sigue mirándole a él.

Estoy a punto de pedirle una carta, pero Ackerman se me adelanta.

— Lo mismo que a mí.

“Bueno, pues vale”, me conformo, dibujando una sonrisa falsa.

La camarera desaparece de nuestra vista y ambos volvemos a quedarnos a solas; aunque no por mucho tiempo. La botella de vino es lo primero en llegar, y aunque no me suele gustar el sabor del zumo de uva, me esfuerzo por beber un par de sorbos de mi copa.

— ¿Cómo se llama él, Lindsay?

Yo me giro hacia Ackerman, sin comprender a qué se refiere.

— ¿Perdona? ¿Él?

— Sí, él.

— Perdona pero...

— Tu novio — especifica, justo antes de dar un sorbo a su copa — . Ése con el que te he visto esta mañana.

¿Me ha visto entrando al edificio con... Grayson? Al menos, creo recordar que se llamaba así.

— Está confundido — respondo con educación — . No es mi novio.

Bueno, ahora al menos comprendo a qué ha venido la cuestión del ascensor. Aunque... ¿Qué está pasando? ¿Está buscando una excusa para poder despedirme? “No se admiten las relaciones entre compañeros de trabajo”... Recuerdo perfectamente la frase.

— ¡Oh, venga, Lindsay! — exclama, sonriendo irónicamente y acercando su rostro en exceso a mí — . No me vengas con esas. A mí no puedes engañarme. Nadie me engaña.

— No es mi novio, señor...

— Claro que no, claro que no... — murmura él, con la mirada clavada en mí.

¿Por qué está tan cerca de mi cara? ¿A qué juega?

— La verdad es que le he conoci...

— Aunque si fuera tu novio, todo tendría sentido, ¿verdad? — continúa, acercándose aún más — . Una noche en un bar, un desconocido y nadie que pueda delatar tus aventuras. Hasta que, claro, terminas en la cama con tu jefe. Eso sí es un problema...

— Señor Ackerman, le repito...

— Jack — interrumpe.

— Jack, no tengo novio. No salgo con nadie.

La camarera se acerca a nosotros con los dos primeros platos.

Ackerman se aleja de mí para mantener la compostura y ambos guardamos silencio para que nuestra conversación continúe siendo ajena al resto de los presentes.

— No estoy acostumbrado a que las mujeres huyan de mí... — comienza a explicarme con un tono de voz suave — , aunque sé por experiencia que cuando eso ocurre, hay una razón detrás.

Un rubor asciende por mis entrañas mientras algunos de los recuerdos de esa noche, una vez más, vuelven a aparecer en mi memoria.

— No me gusta atarme a un hombre — miento, porque explicar que estoy cansada de recibir calabazas resultaría demasiado patético, y confesar que además el plantón pretendía ser una estrategia para “cazarle”, resultaría aún peor — , creo que de esa manera es mejor.

— ¿De esa manera? — repite él.

Su tono de voz se ha tornado... ¿Sensual? No, no puede ser. Soy yo, bueno, en realidad, es mi cabeza. Me está jugando una mala pasada.

¿Por qué narices estoy pensando en cosas que no debo?

“¡Contrólate, Lindsay!”, me digo a mí misma, tragando saliva.

— Ya entiendo — dice, sonriendo — . Así que eres ese tipo de chica, ¿eh?

Ackerman coge su tenedor y da un bocado al contenido de su plato.

Por primera vez, me fijo en lo que han puesto sobre la mesa y me sorprende no saber lo que es. Son una especie de bolas rebozadas que no sé muy bien de qué están compuestas, pero la verdad es que parecen muy, pero que muy, sofisticadas.

— ¿Ese tipo de chica? — repito de forma absurda.

— Sí, ese tipo de chica. La típica que se mete en la cama de cualquiera... Ya sabes, Lindsay, como suelen llamarlas: una facilona.

Acabo de meterme una de esas bolitas en la boca cuando suelta la última perla, y casi me atraganto con ella al escucharle. ¿Me acaba de llamar facilona? ¿De verdad?

A ver, una cosa es que me mangonee, que tenga que llevarle cafés, que infravalore mi trabajo, que me diga cómo debo acudir vestida a la oficina... Pero otra muy diferente es que me falte así al respeto.

Estoy a un instante de levantarme de la mesa y echarme a llorar cuando siento la mano de Ackerman sobre mi rodilla. Al sentarme, la falda se me ha subido levemente hasta la mitad de mis muslos y él desliza sus dedos hasta llegar a la tela.

Abro los ojos, impactada, sin entender lo que está sucediendo.

— Vamos, Lindsay... — susurra, mirándome fijamente — . Sé que te gusto y sé que te apetece volver a mi cama. No lo niegues... Además, tengo que confesar que estás muy sexy con esa falda.

Me quedo inmóvil, completamente perpleja.

Dios, su voz, su mano... Estoy excitada, sí, pero también realmente enfadada. Ackerman tiene un concepto realmente equivocado de la persona que soy, sin obviar que acaba de insultarme descaradamente.

Me estoy debatiendo conmigo misma mientras noto sus dedos, introduciéndose lentamente por debajo de la tela. ¡Oh, Dios mío! Una parte de mí desea dejarle continuar, pero otra... Otra parte de mí tan solo siente deseos de soltarle un tortazo en la cara.

— Puedes estar tranquila, tu novio no se enterará.

Bueno, bien, esto es el colmo.

Me levanto con brusquedad y me quedo mirándole fijamente.

— Señor Ackerman, ni soy una facilona, ni tengo novio — explico con la voz temblorosa — . Será mejor que regrese a la oficina caminando.

Abandono el restaurante con la cabeza alta y las piernas temblorosas, pero esforzándome por mantener la compostura y no tropezar. Tengo ganas de llorar, pero sé que fuera se encuentra el chófer de Ackerman y no pienso concederle el gusto de verme mal.

— ¿Señorita? — pregunta el hombre en cuestión, abandonando el vehículo al verme salir del restaurante.

— El señor Ackerman aún no ha terminado de comer. Yo regresaré caminando, gracias.

Y dicho eso, sin siquiera esperar una respuesta, continúo por mi camino.

De reojo, veo que el hombre se ha quedado confuso. Mira hacia la puerta del restaurante y después desvía la mirada de vuelta hacia mí. Seguramente estará pensando qué es lo que debe hacer, hasta que al final se queda dónde estaba y regresa al interior del coche.

Cuando ya he camino un par de manzanas y estoy segura de que nadie viene detrás de mí — sí, soy patética, pero una pequeña parte en mi interior deseaba que Ackerman abandonase el restaurante, me persiguiera y me suplicase perdón por su descaró — , me echo a llorar. Lo necesito. De verdad. Estos últimos días están siendo tan... desesperantes, que ni siquiera sé cómo enfrentarme a ellos.

En realidad, muy en el fondo, todo esto es culpa de Charlize, de Cora y de sus estúpidos consejos. Necesité varias semanas mensajeándome con Bill para decidirme a quedar con él y, por consiguiente, meterme en su cama. El primer día que lo conocí, en realidad, ni siquiera le dije dónde vivía o cómo me llamaba, todo surgió después. Sé que, si no les hubiese hecho caso aquella noche, mi situación actual con Jack sería la de un jefe y una empleada, a secas. Jamás me hubiera atrevido a hablarle, menos a entrarle de aquella manera tan agresiva y, menos aún, de meterme en su apartamento y entre sus sábanas.

— Contrólate, Lindsay — me digo a mí misma en voz alta.

La gente que se cruza conmigo por la calle se queda mirándome, pero la verdad es que no me importa.

Me tomo mi tiempo y camino con lentitud y, por suerte, cuando alcanzo mi destino, ya he dejado de llorar y tengo mejor cara.

He llegado antes que Ackerman, o al menos eso sospecho por el mensaje que me envía Charlize dos minutos después de que me haya sentado en mi mesa; “¿Dónde estabais? ¿Por qué vuelves sola?”

Cierro el email y no le contesto. No me apetece hablar de ello, y todavía menos escribirlo por email.

La tarde pasa sin más sobresaltos. Cuando Ackerman regresa, media hora después, yo agacho la cabeza y evito mirarle a la cara. Y ya no nos volvemos a ver en todo el día, cosa que, desde luego, agradezco.

## 9

Ayer le escuché decir a Sherlyn que Ackerman se marcharía el lunes, así que por fin sonrío, aliviada, porque hoy será el último día que tenga que guardar la compostura. Es viernes. ¡Por fin!

— Buenos días, Lindsay — me saluda Tom, pasando de largo mi mesa.

¿Me ha guiñado un ojo? Extrañada, sonrío a modo de respuesta.

Cuando me quedo sola me relajo. Suspiro hondo, dejándome caer sobre la mesa mientras pienso en la cita que tendré dentro de unas horas con Bill. La verdad es que estoy deseando salir de casa, cambiarme de ropa — esta absurda falda no puede ser más incómoda — y quedar con él. Confieso que el guapo camarero del Red Pub empieza a gustarme bastante, y aunque es pronto para pensar en el futuro, creo que Bill podría ser — ¡por fin! — el definitivo. Será la cuarta vez que nos veamos en persona — la primera vez cuando nos conocimos, la segunda en la que nos acostamos y la tercera en la que me pidió esta cita —, pero llevamos muchas semanas mandándonos mensajes y creo que puedo decir que empiezo a conocerle muy bien. Es agradable, simpático, le gustan los animales, la música rock, y vive con dos compañeros de piso. Eso último tampoco me importa, al fin y al cabo, yo también vivo con Cora y comprendo a la perfección las ventajas que tiene compartir gastos. Lo único que no me gusta demasiado es que trabaje en el mundillo de la noche. Bueno, que tampoco me molesta, pero preferiría que fuese un camarero de mañanas, sirviendo desayunos, que uno de noche poniendo copas. Además, vi con mis propios ojos cómo la mayoría de las mujeres del Red Pub flirteaban con él para, o bien conseguir una copa gratis, o bien para ser atendidas con mayor rapidez.

Me digo a mí misma que si al final la cosa sale bien con Bill tendré que

acostumbrarme a su trabajo. Sería injusto pedirle que lo deje, ya que lo he conocido así.

Dejo mis pensamientos al margen cuando recibo un nuevo mensaje de Charlize: “¿Te has fijado en lo feliz que está la estúpida de Sherlyn? No deja de entrar y salir taconeando del despacho de Ackerman. Yo creo que tienen un lío.”

Levanto la cabeza hacia la mesa de Charlize. Nos miramos brevemente y después, ambas desviamos la mirada hacia el despacho de Ackerman. Sherlyn sigue en él, y lleva casi una hora ahí metida. Desde ayer, entra y sale constantemente del despacho. Y algunas veces se prolonga sospechosamente el tiempo que pasan juntos a solas.

“Estoy segura de que se están acostando”, respondo de la misma, totalmente convencida.

De pronto, la arpía reina abandona el despacho como si nos hubiera leído los pensamientos por telequinesis. Tanto Charlize como yo — puedo ver su pantalla a la distancia —, minimizamos la pantalla de los emails y fingimos estar ocupadas en nuestras respectivas tareas. Sherlyn sonrío tontamente y camina moviendo las caderas exageradamente hasta llegar a mi mesa. ¡Dios! ¿Por qué diantres camina así? ¡Me saca de quicio!

— Al señor Ackerman se le ha caído el café al suelo. Límpialo.

Es una orden. Una orden directa que no deja lugar a réplicas.

Estoy a punto de contestarle una grosería, pero me lo pienso dos veces y, al final, decido contenerme. “Solo tienes que aguantar hoy, Lindsay. Después todo habrá acabado”.

— Voy — respondo escuetamente, antes de levantarme y recolocarme la falda en condiciones.

¡La maldita falda!

— Date prisa — me dice, y después echa a caminar hacia su puesto, una vez más, contoneándose como un pavo real.

— Estúpida... — murmuro en voz baja.

Me doy cuenta de lo nerviosa que estoy cuando me dispongo a golpear la puerta con los nudillos.

— ¡Pasa! — grita Ackerman, sin darme tiempo a llamar.

Supongo que habrá escuchado mis pasos.

Cuando paso al interior, evito mirarle directamente a los ojos. No dejo de repetirme que, seguramente, éste será nuestro último encuentro y después todo habrá quedado en una terrible pesadilla para olvidar. Dudo mucho que en un futuro vuelva a visitar nuestras oficinas de Nueva York. La verdad es que ni siquiera entiendo por qué esta vez no ha delegado esa tarea en cualquier otra persona.

— Se le ha caído a Sherlyn el café... aquí — dice señalando justo a su lado.

¿A Sherlyn? ¿Encima tengo que limpiar lo que se le cae a Sherlyn?

— Claro... — susurro, acercándome a él.

— Ya sabes, este tipo de mesas se mueven mucho...

Abro los ojos, incrédula.

¿De verdad está insinuando que...? En fin, mejor ni pensarlo.

El café está derramado en el suelo, justo al lado de su silla. Me acerco a él y el olor varonil de su perfume inunda el ambiente. Me agacho con la bayeta mojada y comienzo a recoger el líquido hasta que el suelo recupera su color.

— Ya está — digo, justo antes de levantarme.

Y entonces todo ocurre muy rápido.

Ackerman se gira en su silla, quedando frente a mí. Me agarra del brazo con un movimiento rápido, sin dejarme reaccionar, y termino sentada sobre su regazo, con el corazón latiéndome a mil por hora y su rostro demasiado cerca del mío. Sus labios excesivamente cerca de los míos. Su aliento golpeándome la piel. Sus brazos rodeando mi cuerpo.

— Yo... — tartamudeo, confusa, pero no soy capaz de decir nada más.

Él tampoco dice nada, sólo presiona sus labios contra los míos de forma brusca y posesiva. Al principio intento resistirme, indignada, pero después me

rindo a él. Sus brazos apretando mi cuerpo, pegándome a su pecho. Su lengua descarada inundado mi boca, inspeccionando, poseyéndome, queriendo más... y más... Un calor incomparable comienza a ascender por mis entrañas y no puedo evitar un jadeo de placer, delatando lo mucho que me está gustando lo que está haciendo.

“Esto no está bien, Lindsay. Párale. Detenle.”

Pero no lo hago. No soy capaz de obedecer a la voz que tengo a mi cabeza.

Cuando Ackerman desliza mi falda hasta mi cintura y recorre mis piernas por encima de las medias, todo se complica aún más. El calor que siento en mis entrañas me aprieta y casi duele... La necesidad de aliviar esa sensación es tan fuerte que, inconscientemente, me pego a él. Ackerman mueve la silla hacia el escritorio y, soltando mi espalda, retira lo que hay en ese pequeño rincón de la mesa, dejándola despejada. Me sujeta por ambas nalgas con fuerza y me eleva hasta dejarme sentada contra la mesa.

“¡Uf, respira, Lindsay!”, me repito una y otra vez, sin poder apartar la vista de sus labios sensuales y carnosos. Ackerman no sonrío. Su mirada es feroz, mordaz y decidida. Salvaje. Completamente salvaje. Vuelve a pasear su mano por mi pierna pero esta vez no se detiene y masajea mi sexo por encima de la ropa interior. Estoy tan húmeda que ha traspasado, y él lo nota de la misma. Su mirada se intensifica aún más y yo siento que todo da vueltas a mi alrededor. Empiezo a estar mareada. ¿Por qué me estoy mareando?

Ackerman me arranca las medias, dejando los jirones de tela colgando en mis pantorrillas. Después se acuclilla frente a mí y muerde mis bragas con fuerza, antes de arrancarlas. Cuando vuelve a subir, lo que veo me da miedo. Me asusta, aunque también me excita.

— Te voy a follar, Lindsay — dice, desabrochándose el cinturón y dejando caer sus pantalones hasta la rodilla.

“¡Dios! ¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo hemos llegado a esta situación?”

Pero no puedo pensar más, porque entonces me penetra. Se clava con brusquedad en mí, inundándome por completo, justo antes de dejar caer su cuerpo contra el mío. Y entonces, lo hace. Hace lo que acaba de decir que iba a hacer mientras aprieta mis senos y muerde mi cuello. Me penetra fuerte, sin preocuparse por mí, buscando su alivio. Entra y sale con tanta fuerza que siento que me va a partir en dos. Pero me encanta, me excita. Me vuelve loca. Y cuando el orgasmo me inunda y todos mis músculos se contraen, él también

explota en mi interior. Escucho su respiración fuerte y agitada y la puedo sentir contra mi cuello. Ninguno de los dos nos movemos en varios segundos. Mientras tanto, poco a poco, voy recuperando la consciencia y regresando a la realidad. Ackerman también lo hace y se aparta de mí.

Sin mirarme a la cara, se sube los pantalones, se recoloca la camisa y el cinturón. Yo, algo confusa aún, hago lo mismo. Las medias no tienen solución, así que decido quitármelas y las tiro a la basura.

— No, aquí no. Mejor tíralas en otra papelera — me dice, aún sin mirarme — . Puedes marcharte, Lindsay. No quiero nada más.

Recibo esa última frase como un tortazo y me quedo planchada. Impactada, me doy la vuelta con la poca dignidad que me queda y salgo al pasillo sin añadir nada más.

Un impulso inconsciente de echarme a llorar aprieta mis entrañas, pero sé que no es el momento y ni el lugar para derrumbarme, así que camino disimuladamente hasta el lavabo de mujeres, tiro las medias, y me encierro en uno de los retretes.

— Cabrón... ¡Cabrón! — grito, hastiada e indignada.

No puedo evitar sentirme como un trapo sucio, usado y desechado.  
“¿Qué acaba de pasar, Lindsay? ¿Por qué se lo has permitido?”

Pero por mucho que me lo pregunte, no tengo respuestas.

# 10

— ¿No vas a contarme qué demonios te pasa? — pregunta Cora, cruzándose de brazos frente a mí.

No me apetece hablar de Ackerman.

Además, confesar lo que ha ocurrido es demasiado patético y he decidido que nadie, jamás, se enterará de lo que ha sucedido hoy.

— Venga, Lindy, dime algo — suplica, sentándose a mi lado.

Coge el mando de la televisión, la apaga para que le preste atención y después me mira fijamente.

— Nada, es solo que hoy no tengo buen día.

— ¡Otra como Charlize! — exclama, poniendo los ojos en blanco — . ¿Se puede saber qué os hacen en esa oficina?

— ¿Qué le pasa a Charlize? — inquiero, procurando desviar el tema a otra parte.

— No lo sé. Me ha dicho que estaba muy desanimada y que este fin de semana lo pasaría en casa de relax, que no le apeteecía hacer planes. Me ha dicho que era por el trabajo, que estáis hasta arriba.

La verdad es que sí.

Como hoy era el último día de Ackerman en la oficina, Stew nos ha metido prisa para que terminemos todas las tareas que teníamos pendientes. Muchos compañeros se han tenido que quedar varias horas más — Charlize, por ejemplo, ha sido una de ellas — . Vamos, que al capullo de Stew solo le ha faltado sacar el látigo.

— ¿Se va a quedar sola en casa? Creo que deberíamos ir a visitarla, ¿no?  
— propongo en otro débil intento por cambiar de conversación.

Pero Cora es muy lista y, además, me conoce muy bien, así que me pilla al vuelo.

— Ya tiene a Dexter para eso — señala — . Dime qué te pasa, anda. ¿No deberías estar feliz porque el capullo de tu jefe se marcha?

“Es verdad”, pienso, mirando la parte buena de todo esto.

La verdad es que no lo había pensado detenidamente, pero es un alivio no tener que volver a ver a Ackerman ni un solo día más. No me imagino cómo sería regresar el lunes y tener que cruzármelo en el pasillo después de lo que ha sucedido.

— Tienes razón.

— Y, además, ¿tú no habías quedado hoy con el camarero del Red Pub? Como se llamaba... ¿Bill?

Yo me encojo de hombros y asiento con pocas ganas.

Me había olvidado de mi cita con Bill por completo y creo que lo mejor será cancelarla.

Reviso mi reloj de muñeca mientras medito alguna excusa tonta que poder darle. Que me duele la cabeza, que me tengo que quedar en la oficina... Cualquiera me vale, pero no pienso quedar con él. No me imagino, en estos instantes, lo que me supondría el tener que soportar a otro hombre. Que coquettee, que intente besarme... ¡Puagh! Ackerman ha logrado que comience a odiar al sexo masculino intensamente.

— ¡Eh, Lindy! ¡Borra ese gesto de tu cara! — me grita Cora, saltando del sofá — . Vas a ir a la cita, ¿me entiendes? No vas a faltar. ¡Una semana dando la tabarra con Bill y ahora pretendes darle plantón!

Yo suspiro, hastiada.

¿Cómo explicarle a Cora que, de pronto, los hombres me producen repulsión?

— No creo que pueda ir... No tengo ganas.

— Lindsay — comienza mi amiga, mirándome fijamente — , no tiene porqué

pasar nada con Bill... Tú solo vete, cógete una borrachera, distráete y olvídate de todos los problemas. De verdad, lo necesitas.

— ¿Lo necesito? — pregunto, arqueando las cejas.

— Sí... Lo necesitas.

Así que media hora después, aquí estoy, sentada en la barra del Red Pub. Aún falta un rato hasta que Bill termine su turno, así que le voy dando sorbitos a mi margarita mientras mi subconsciente — que es estúpido y masoquista — sigue recreando lo que ha sucedido con Ackerman en la oficina. Desde luego, lo que ha ocurrido no ha tenido nada que ver con aquello que tuvimos la primera noche, en su hotel. Esta vez todo ha sido rápido, salvaje y... absurdo. ¿Por qué demonios he dejado que me trate así? Creo que ahora mismo soy la definición exacta de “una chica facilona”, lo que hace que la conversación del restaurante cobre sentido. Jack Ackerman se piensa que puede tenerme cuando quiera y como quiera, y yo le he demostrado que tiene razón.

— ¡Deja de pensar en él, Lindsay! — me digo a mi misma en voz alta.

— ¿Qué dices, guapa? ¿Otro margarita? — me pregunta Bill por encima de la música, colocándose frente a mí.

¿Me está poniendo ojitos? ¿De verdad?

— Sí, claro, otro margarita — respondo, sonriendo tontamente.

Por voluntad propia, Bill le añade a la copa un chupito de tequila. Frunzo el ceño y reviso el reloj; son sólo las ocho de la tarde, demasiado pronto para empezar con los chupitos. Aunque, por otra parte, Cora tiene razón. Un poco de desmadre y diversión no me vendrán mal en absoluto.

— ¿Sal y limón? — inquiere, guiñándome un ojo de forma juguetona.

Mientras le respondo que sí con la cabeza, me doy cuenta de que Bill no es tan guapo como parece. Es decir, no es feo, eso tampoco. Pero no comprendo qué es lo que veía en él hasta hace dos días.

No sé cuántos chupitos me he bebido ya. Lo que sí sé es que, con diferencia, ésta ha sido la peor cita de la historia de las citas. Son casi las once de la noche y Bill aún continúa sirviendo detrás de la barra porque su compañero se

ha puesto enfermo — o algo así, la verdad es que no me he enterado muy bien — . La cuestión es que no puede salir de su puesto hasta que alguien acuda a hacerle el relevo, así que aquí estoy, esperándole. Lo bueno es que la casa invita a todo. Lo malo que me estoy aburriendo como una ostra.

— Me quedan diez minutos — anuncia, acercándose a mí — , Clara me ha prometido que no tardará demasiado. Gracias por tener tanta paciencia, Lindsay.

Yo quiero responderle que “de nada”, pero creo que mi nivel de alcohol en sangre comienza a rozar límites peligrosos y no consigo pronunciar ninguna palabra con sentido. Bill se ríe cariñosamente y, antes de marcharse, coloca otra copa frente a mí. ¡Yuju! ¡Barra libre!

Menuda borrachera llevo.

Cora tenía razón, me ha venido bien salir y despejarme un poco. La verdad es que, aunque esté esperando aquí sola, no me lo estoy pasando nada mal.

— ¡Eh, oye! — murmuro con voz gangosa — . ¡No te acuestes nunca con tu jefe!

La chica que tengo a mi lado, ésa a la que me estoy dirigiendo, sonrío y asiente con la cabeza. No tengo muy claro que haya comprendido lo que le estoy diciendo, aunque yo estoy convencida de que he logrado pronunciar la frase realmente bien. ¡Madre mía! ¡Cuando una persona borracha se piensa que está hablando bien es que roza el coma etílico!

Mis estúpidos pensamientos me producen un incontrolable ataque de risa y, sin lograr controlarme, me reclino sobre la barra con pequeños espasmos sacudiendo mi cuerpo.

— ¿Lindsay, estás bien?

¡Qué mal huele la barra! ¡Y sabe a tequila!

Un momento, ¿de verdad estoy lamiendo la barra del bar para comprobar a qué sabe? ¡Por Dios! ¡Es un bar! ¿Qué sabor esperaba que tuviera?

— ¡Oye, Lindsay!

Alguien toca mi espalda.

Cuando me giro veo a Bill, junto a mí, sonriente.

— Ya ha llegado Clara, así que nos podemos ir — me dice, sujetándome por la cintura.

Me ayuda a levantarme de la silla y yo me dejo.

Menos mal que ha salido ya, porque temía desmayarme de un momento a otro.

— ¿A... dónde... vagmos...?

¡Qué mareada estoy!

Empiezo a pensar que me he pasado un poquito de la raya con los margaritas y los chupitos, porque ahora mismo todo, absolutamente todo, da vueltas a mi alrededor.

— Tranquila, vamos a mi coche. Lo tengo apartado en el callejón de detrás del bar.

¿A su coche? ¿Para qué necesitamos su coche?

Aunque, pensándolo bien, no es tan mala idea. Ahora mismo no consigo mantener el equilibrio por mí misma, así que supongo que no me vendrá mal ir sentada hasta mi casa.

— ¿Me llevas..., a casa?

Bill suelta una risita.

— ¡Joder, Lindsay! ¡Sí que te la has pillado buena!

El (antes) guapo camarero del Red Pub abre la puerta del fondo del local y me ayuda a salir al exterior. El aire frío de la noche avanzada me saluda, despejándome un poco del estado de aletargamiento que llevo encima. La música del Red Pub desaparece, dejándonos en silencio. Bill señala el final del callejón, que está totalmente a oscuras, y me hace saber que allí está su coche aparcado. Sin soltarme, me ayuda a caminar con lentitud en la dirección que señala.

— O sea que, ¿te quieres marchar ya, Lindsay?

Yo suelto una risita a modo de respuesta. No doy para más.

Las nauseas comienzan a apretar mi estómago y tengo que esforzarme por mantener un poco la compostura.

— Eh, eh, guapa... Espera.

Bill tira de mi cuerpo para detener mis pasos. Me sujeta para que no me caiga y nos quedamos cara a cara, mirándonos. Bueno, en realidad, observando las sombras de nuestros rostros, ya que seguimos sumidos en la plena oscuridad. La música del Red Pub vuelve a resonar cuando alguien abre la puerta hasta que, poco después, vuelve a cerrarse de un portazo. El silencio regresa.

— Tenía muchas ganas de verte, Lindsay... — murmura, rozando mi mejilla con sus labios.

¡Oh, no!

No es que ya no me apetezca liarme con él, es que, además, no me encuentro nada bien. Creo que si me besa terminaré vomitando en su boca... Y eso resultaría catastrófico — o peor aún — .

Bill aprieta sus labios contra los míos. Siento su lengua intentando abrirse paso, pero me niego a dejarla entrar. Muevo la cabeza en señal de negación y murmuro que no me apetece — o algo parecido, al menos — . Siento sus manos recorriendo mi cuerpo, pero me cuesta zafarme de sus brazos.

— Vale, vale... Espera... — me dice, soltándome un instante — . ¿Podrás aguantar un segundo sin caerte?

Yo asiento.

Hago un esfuerzo sobrehumano por mantenerme erguida mientras él aprieta los botones del mando de su coche. ¡Genial, nos vamos ya a casa! Estoy deseando tirarme en mi cama... No puedo más. Escucho las puertas abriéndose, aunque no veo nada. Después Bill regresa hasta mí y me ayuda a caminar unos pasos. Cuando quiero darme cuenta, estoy tumbada sobre unos asientos cómodos y mullidos. Abro los ojos intentando ubicarme, pero todo está muy oscuro y yo cada vez estoy más mareada. Palpo lo que tengo a mi alrededor y toco un respaldo. Creo que estoy en los asientos traseros del coche de Bill.

— ¿Bill...?

— Ahora voy, Lindsay... dame un minuto.

Intento desviar la vista hacia el origen de su voz. ¿Qué hace? ¿Se está quitando los pantalones? No consigo ver con claridad, aunque tampoco me interesa lo que esté haciendo. Estoy muy cansada y muy mareada, y solo quiero dormir. Cierro los ojos y dejo que el sueño me abrace.

— Ya verás cómo te gusta...

Su voz suena tan lejana que casi parece irreal.  
Siento sus manos correteando por mis piernas.

— Bill, para, para... — farfallo, intentando zafarme de él.

¿Por qué me está subiendo la camiseta?

— Solo quiero que estés cómoda, Lindsay... Ya verás cómo te gusta... Tú solo tienes que relajarte y disfrutar...

Noto una mano sobre mi pecho, apretándolo con fuerza. Grito y me remuevo, pero estoy demasiado mareada e ida como para comprender qué es lo que está pasando.

— ¿No has escuchado lo que la chica acaba de decirte?

Otra voz resuena cerca de mí.

— ¿Qué cojones...? ¡Lárgate! ¡Métete en tus asuntos!

— No pienso marcharme a ninguna parte. ¿Acaso no la has escuchado, puto degenerado?

— ¡Te estoy diciendo que te largues ahora mismo!

Un golpe fuerte.

Un grito.

Y después no consigo escuchar nada más.

Siento que alguien mueve mi cuerpo y hago un esfuerzo por abrir los ojos.

— ¿Bill? — inquiero, confusa.

— Trae el coche al callejón trasero. Tienes un minuto.

Después, todo se vuelve negro a mi alrededor.

# 11

Cuando abro los ojos, siento que he descansado mejor que nunca. Aún estoy algo mareada, me duele la cabeza y tengo náuseas, pero me encuentro bien.

— ¿Qué diantres...? — suelto en voz alta, observando mi alrededor.

¡Oh, no!

No estoy en mi cama. Tampoco en mi habitación. Ni siquiera en mi casa. Pero lo peor de todo, es que este dormitorio no me es del todo desconocido porque ya había estado aquí en otra ocasión.

— ¡Oh, no!

— Tómame esto.

La voz de Ackerman me sacude de arriba abajo, haciendo temblar cada extremidad de mi cuerpo. Me giro hacia él y acepto confusa la pastilla y el vaso de agua que tiene en la mano. El tono de voz que ha empleado evidencia que no es una petición, sino una orden, así que no entro en disputas y me meto la pastilla en la boca sin rechistar.

— ¿Cómo he llegado hast...?

— ¿Qué cojones pasa contigo, Lindsay Bass? — pregunta con el tono de voz enfurecido.

Aún estoy sentada en la cama.

Verle ahí, a mi lado, de pie, mirándome fijamente, resulta realmente intimidante.

— No sé qué... — comienzo, pero Jack me interrumpe de nuevo.

— Llevo toda la semana viendo cómo ese payaso emborracha a chicas jóvenes con la excusa de que saldrá tarde para llevárselas al callejón. Es más, supongo que echará algo en las bebidas para terminar de drogarlas y poder hacer con ellas lo que le dé la real gana.

Los recuerdos de anoche comienzan a invadir poco a poco mi mente. Bill. Red Pub. Los margaritas y los chupitos de tequila...

— ¡Oh, Dios...! — exclamo, mareada. Creo que no me encuentro bien.

— ¿Te das cuenta de lo estúpida que eres? — pregunta, observándome con desprecio — , ¿te das cuenta, Lindsay?

Ackerman sacude la cabeza en señal de negación y se gira hacia la ventana, dándome la espalda.

¿De verdad acaba de llamarme estúpida?

— ¿Y a ti qué demonios te importa lo que yo haga? — suelto, hastiada del todo.

Estoy harta de que me mangonee cuando quiera y de que me trate de cualquier modo.

— ¿En realidad? Nada. No me importa en absoluto — continúa — , pero no me gusta ser testigo de una violación y no hacer nada.

— ¿Y si no era una violación, Ackerman? ¿Y si realmente me apetecía hacerlo? Estaba disfrutando de la noche, pasándomelo bien... ¿Y si la que había querido emborracharse era yo?

— ¿Era así, Lindsay? ¿Eso querías?

Me levanto de un salto de la cama, preparada para encararle.  
Ahora mismo, no me importa nada. Ni siquiera que me despida.

— ¿No decías que era una facilona? — contraataco, examinándole con desprecio — . Entonces no debería sorprenderte.

Ackerman acorta la distancia entre nosotros caminando un par de pasos. Después, su mueca se tuerce hasta terminar dibujando una sonrisa irónica en su

rostro.

— No debería importarme, Lindsay, pero no me suele gustar tocar lo que otro ya ha tocado. Y creo que... Sí, creo que aún no he terminado contigo.

Me cuesta creer lo que acaba de decir. Pestañeo, incrédula, pensando que debo de haber entendido mal... Pero por si quedaba opción a duda, Ackerman remata la frase.

— Todavía quiero follarte un par de veces más, Lindsay.

La rabia, el odio y la impotencia recorren mi cuerpo en ese instante. Le miro con desprecio y, sin pensármelo dos veces, levanto la mano y la estampo con toda mi fuerza sobre su cara.

Ackerman ni siquiera se mueve cuando recibe el golpe, pero yo sigo tan... ¡furiosa!

¿Cómo puedo odiarle tanto? ¿Cómo puede ser tan asqueroso y egocéntrico? Y entonces, vuelvo a estampar mi mano contra su cara.

— Me das asco — murmuro, incapaz de controlarme.

Me preparo para golpearle por tercera vez, pero Ackerman sujeta mi muñeca al vuelo y me retiene.

— ¡Suéltame! ¡Suéltame ahora mismo! — grito, rabiosa, sacudiéndome.

— Ayer no ofrecías tanta resistencia mientras el camarero te desnudaba...  
— dice, otra vez con esa asquerosa sonrisa.

¡Dios! ¡Quiero matarle! ¡Quiero asesinarle!

— ¡Suéltame ahora mismo, Ackerman!

Él me sujeta la otra mano y acerca su rostro a mí. Lo acerca tanto que puedo sentir su aliento caliente contra mi piel.

— Deja de ser tan desagradecida, Lindsay — susurra en voz baja, en mi oído  
— . He evitado algo que no debía pasar, así que dame las gracias de una puta vez.

Me quedo en silencio, mirándole, asimilando sus últimas palabras.

Intento recordar lo que paso con Bill y poco a poco llego al momento del

callejón, cuando me tumbó en el coche. No soy capaz de recordar el instante en el que Ackerman aparece en escena, pero creo que... Creo que el egocéntrico y asqueroso de mi jefe tiene razón. Bill no es más que un perverso que se aprovecha de las chicas.

— Muy bien — añade, viendo que mis sacudidas rabiosas van disminuyendo.

Cuando me suelta, yo me apresuro a alejarme de él y vuelvo a sentarme sobre la cama. Ackerman tiene razón; soy una estúpida. Si ya me sentía bastante ridícula después de lo que había pasado con Ackerman en el despacho, ahora ya no sé ni cómo debo sentirme.

— ¿Qué hacías en el Red Pub?

Ackerman se ríe.

— Estaba con una amiga cuando te vi — señala —, y no suele hacerme mucha gracia ver en estado de coma a una de mis empleadas.

— ¿Y por qué nos seguiste? ¿Por qué estás tan seguro de que no quería que pasara nada?

Ni siquiera sé por qué hago esa pregunta. La verdad es que ahora ya no tiene importancia.

— Porque te conozco, Lindsay, o al menos conozco esa parte de ti — me dice, caminando de nuevo hacia la cama —. Sé cuál es tu mirada de deseo y he visto cómo aprietas la mandíbula cuando estás excitada. Puedo sentir cómo tu cuerpo reacciona al deseo, Lindsay Bass.

Le miro fijamente, boquiabierta.

— No tienes ni idea... — tartamudeo —. No sabes nada de mí.

— ¿Eso quieres creer?

— No, esa es la verdad. No sabes nada de mí.

Mi teléfono móvil comienza a sonar en algún rincón de la habitación y, en ese instante, me siento salvada por la campana. Justo en ese mismo momento, me percato por primera vez de que estoy en ropa interior.

Jack sonrío.

— Tu teléfono está ahí — dice, señalando con el dedo índice una cómoda con varios objetos — , y tranquila, ayer no pasó nada. Te quité la ropa porque te vomitaste encima.

Sin responderle, me apresuro a por mi móvil para responder la llamada. Es Cora, y tengo otras siete llamadas de ella.

— ¿Estás bien? — pregunto, descolgando.

Cora no suele ser insistente, así que sospecho que algo va mal.

— ¡No! ¡Necesito que vengas ahora mismo! — grita, histérica.

— ¿Qué ocurre, Cora? ¡Cálmate!

— ¡Necesito que vengas ahora mismo, Lindsay!

Confusa, levanto la cabeza hacia Ackerman.

— Te llevo — dice, sin necesidad de que se lo pida.

— Gracias.

# 12

No entiendo lo que está pasando y Cora no ha querido decirme nada por teléfono. El lado bueno de la situación es que mi jefe y yo hemos firmado una tregua ficticia que no sé cuánto durará. Comprendo entonces que a estas alturas tampoco importa, porque mañana se marchará de Manhattan y ya no volveré a tener que verle. Entonces, ¿por qué me entristece que se tenga que marchar? Es un engreído y, además, no le soporto.

— ¿Me quieres explicar qué es lo que sucede? — me pregunta Ackerman, mirándome de reojo mientras conduce.

El tráfico está denso y estamos tardando más de lo previsto en llegar hasta Cora. Además, mi impaciente compañera de piso no para de llamarme para preguntarme cuánto me falta.

— No lo sé ni yo — aseguro, justo cuando mi teléfono comienza a sonar por sexta vez.

Me apresuro a responder la llamada, procurando tranquilizar los nervios de Cora.

— Ya llegamos, tranquila...

— Bien, os estoy esperando en el cruce con la sexta — me indica.

Su tono de voz suena tembloroso.

— ¿Vas a contarme qué sucede?

Pero en vez de responder, cuelga.

Ackerman me mira con el ceño fruncido, sin comprender qué es lo que ocurre. Me gustaría poder explicarle algo, pero la verdad es que ni siquiera yo puedo intuir qué es lo que está pasando. Es la primera vez en ocho años que Cora se comporta así.

— Ahí está — señalo.

Mi amiga cruza la carretera de forma apresurada, irrumpiendo la circulación de varios vehículos. Algunos conductores furiosos hacen sonar su bocina, recriminándole su temerario comportamiento.

— ¡BAJA! — grita, abriendo la puerta del conductor y dirigiéndose a Ackerman.

Mi jefe me mira, incrédulo, y yo no puedo creer lo que está pasando.

— ¡Cora!

— ¡Bájate ahora mismo! — ordena, mirando a mi jefe — . ¿No ves que esto es una emergencia?

— ¿Pero qué está pasando, Cora? ¿Qué haces?

— Está bien, está bien... — concluye Ackerman, bajándose del vehículo para subirse en la parte de detrás.

Cora coge los mandos y pega un acelerón, obligando al vehículo a salir disparado hacia delante.

— Coge tu teléfono, Lindsay — me dice, sin apartar la vista de la carretera — . Tu trabajo será recolectar las pruebas suficientes. Ese cabrón no se saldrá con la suya...

— ¿Pero qué pasa? — repito, cada vez más nerviosa.

Por el retrovisor, puedo ver la incredulidad reflejada en el rostro de Ackerman. Si después de esto no me pone de patitas en la calle, será un verdadero milagro.

— Ahora lo verás — murmura Cora, escupiendo la misma rabia que yo había destilado contra Jack Ackerman una hora atrás — , porque si te lo cuento, no lo creerías.

Sólo hemos avanzado unos metros cuando mi compañera de piso se detiene clavando los frenos en mitad de un carril. Se aparta un poco de la carretera y pone las luces de emergencia, sin dejar de mirar por todas partes como una loca esquizofrénica.

— ¿Qué demonios has bebido, Cora? ¡Qué te pasa?

— ¡Mira! ¡Ahí! — exclama, señalando un local.

Me quedo mirando muy atenta, pero no veo nada interesante hasta que...

— ¡Joder!

— ¿Alguna de las dos puede contarme qué es lo que está pasando? — pregunta Ackerman, desconcertado.

No me puedo creer lo que mis ojos ven.

Cora tenía razón, si me lo hubiese contado, no me lo habría creído.

— Tiene que haber una explicación... — murmuro, porque no puede ser verdad.

— ¿Una explicación? — repite Cora — . ¡Van cogidos de la mano, Lindy!

Ackerman refunfuña en el asiento trasero.

— ¿Pero alguna de las dos me va a explicar qué hacemos aquí? ¿Os tengo que recordar que estáis subidas en mi coche?

Con los ojos abiertos como platos, ambas observamos cómo Dexter se sube en su coche, acompañado de su nueva amiga, claro. No puedo creer que esté engañando a Charlize. Es imposible. Dexter es la bondad en persona y, si lo que estamos viendo ahora mismo resultase ser lo que parece que es, se me caería el mundo encima. Dexter y Charlize son la esperanza que me hace creer que el amor existe y que, algún día, encontraré yo también mi Dexter y seré la Charlize de alguien.

El coche de Dexter avanza por la calle principal y Cora no se lo piensa dos veces antes de acelerar y salir disparada detrás de él, sin importarle el hecho de haber detenido la circulación del resto de los vehículos. Mi corazón late a mil por hora y, en estos instantes, ya no me importa nada. Ni el estúpido de Jack Ackerman ni el degenerado de Bill el camarero.

— Madre mía, Cora... Esto le romperá el corazón — aseguro, con ganas de llorar.

Me siento traicionada y engañada, casi como si Dexter me estuviera poniendo los cuernos a mí y no a Charlize.

— Prepara la cámara — me dice Cora — . Tenemos que pillarles in fraganti o Charlize jamás nos creerá.

Tiene razón.

Saco el teléfono móvil y me preparo para la acción.

Unos minutos después, Dexter aparca el vehículo en una zona alejada del centro de la ciudad. Parece que se dirige a un edificio de apartamentos, así que Cora se pega lo máximo que puede a él.

— ¿Y si es su prima? ¿O su hermana?

— Dexter no tiene hermanas — asegura Cora — . Y... ¿acaso tu vas agarrada de la mano de tu primo? ¡Por Dios, Lindsay! ¡Que el cabrón de él nos tenía engañadas a todas con su cara de buenazo!

Y entonces ocurre.

Dexter y la otra chica se bajan del coche, ambos se abrazan levemente hasta que... al final, se besan. Es un beso corto, pero romántico y pasional. Intenso. Aprieto el botón del capturador de la cámara con la mano temblorosa y capto el instante mientras me digo a mí misma que no sé cómo seré capaz de mostrarle esta imagen tan dolorosa a Charlize.

— Hijo de... — murmura Cora, acelerando el vehículo como una loca.

— ¡Eh, eh, EH! — grita Jack Ackerman en los asientos traseros, adivinando hacia dónde se dirige Cora — . ¡PARA, PARA!

— ¡Oh, Dios! — exclamo, al comprender que mi loca amiga está dispuesta a pasar a Dexter por encima con las cuatro ruedas para después rematarlo.

Dexter y su amante se giran, sobresaltados, y yo veo pasar mi vida por delante de mis narices en un instante. Pero en el último segundo, Cora pega un volantazo y esquivamos a Dexter, aunque un estruendo y un golpe atroz me indican que nos hemos chocado. Todo ha sucedido tan rápido que ni siquiera

sé lo que acaba de ocurrir.

— ¡JODER! — grita Ackerman desde detrás — . ¡Estáis como una puta regadera!

Respiro aliviada.

Ackerman se baja del vehículo, Cora hace lo mismo y yo les sigo a ambos. El coche, el flamante y radiante coche de Jack Ackerman ha quedado encajonado en una cuneta. Mi compañera de piso, histérica, echa a caminar hacia Dexter furiosa.

— ¿Pero qué te pasa, Cora...? — grita Dexter — . ¡Casi nos matas!

— ¡Casi nos mata a todos! — corrobora Ackerman, que aún no consigue procesar lo que ha sucedido.

Parece tan confuso como lo estoy yo.

— ¡No mereces la pena, Dexter! — exclama Cora, justo antes de escupirle al chico a la cara.

— ¿Conoces a esta loca? — inquiera la amante.

Todo es un auténtico caos.

Escucho que Jack Ackerman llama a la grúa y a un taxi, Cora comienza a discutir con Dexter y la chica comienza a alejarse de la escena, asustada. Y yo... Yo estoy a punto de desmayarme cuando veo el coche de mi jefe, ese al que hoy he abofeteado por doble partida, estrellado en la cuneta.

¡Genial!

# 13

Aún no he cerrado los ojos cuando al día siguiente resuena mi despertador a las siete de la mañana. Este fin de semana ha resultado ser demasiado surrealista como para lograr conciliar el sueño. Lo peor de todo, es que Charlize ya lo sabía. Soy incapaz de borrar la imagen de su rostro descompuesto cuando Cora y yo aparecimos en el umbral de su casa dispuestas a darle la mala noticia.

— Me dejó la semana pasada — confesó, antes de echarse a llorar desconsoladamente.

No nos lo había querido contar porque la pobre Charlize aún conservaba la esperanza de que Dexter cambiase de idea y acudiera en su busca suplicando un perdón. Al menos, el cabrón de él se llevó un buen susto cuando Cora estuvo a pocos centímetros de pasarle por encima con el coche.

Mientras me visto, pienso en que no puedo permitirme perder el trabajo. Suplicaré perdón a Jack Ackerman si es necesario, aunque me muera de rabia al ver su gesto de regocijo.

— Ya no está — murmuro en voz alta, cayendo en la cuenta — . Ya no está.

Ese pensamiento me entristece más de lo que había pensado.

Cuando cojo el metro, me doy cuenta de que aún así me he puesto la absurda falda gris de tubo y de que llevo camisa y un recogido, tal y como a él le hubiese gustado.

Por primera vez en mucho, muchísimo tiempo, soy de las primeras personas en llegar a la oficina. Me siento en mi sitio, abro mi email, recoloco la mesa y,

sin querer, desvió una y otra vez la mirada hacia el despacho de Ackerman. No está. Es algo que debo interiorizar.

Por una parte, debería de sentirme feliz porque el absurdo juego que me traía con él ha terminado y, gracias a Dios, he sobrevivido a él y mantengo mi puesto de trabajo. Aunque, por otra parte, la palabra “sobrevivir” a él describe perfectamente mi estado actual; Jack Ackerman se ha marchado dejándome aquí, con una falda de tubo, una camisa blanca y el corazón en un puño. No he tenido la oportunidad de disculparme, ni de pegarle otro tortazo, ni siquiera de decirle simplemente “adiós”. Aunque, claro. Lo nuestro no ha significado nada para él y, evidentemente, tampoco tendría que haberlo significado para mí.

— Pero sigo siendo la misma estúpida de siempre — resoplo en voz alta, justo en el instante en el que Charlize entra en la oficina.

Aunque sabe guardar muy bien la compostura, noto de inmediato las ojeras que tiene y sus ojos enrojecidos por haber estado llorando todo el domingo. Todas las esperanzas de que Dexter regresase a ella se esfumaron de golpe cuando Cora y yo aparecimos contándole que le habíamos visto besándose con otra. Y enseñándole la foto, claro.

“¿Estás mejor, Charlize?”, tecleo y envío el email.

Me siento fatal.

Sé que no es culpa mía, pero después de esta fatídica semana cualquier esperanza que albergara hacia el sexo opuesto se ha esfumado de golpe y porrazo. Bill, un sinvergüenza. Dexter, un caradura. Y Ackerman... ¿Qué? ¿Cómo narices le describo? Porque sí, nos acostamos, pero era algo que yo también deseaba. Y sí, me dijo que solo quería sexo. Pero yo fui la primera en dejarle claro que rechazaba cualquier tipo de compromiso. Además, evitó que cayera en las garras de Bill y cuidó de mí toda la noche. Incluso mandó al servicio del hotel que limpiara y planchase mi ropa y aún no ha denunciado a Cora por intento de asesinato. Y dicho así, casi parece que estoy hablando de un ángel, ¿no?

— Lindsay.

Levanto la cabeza de la pantalla y veo a Stew plantando frente a mi mesa.

— ¿Si? — pregunto, sonriendo falsamente.

¡Cada día le soporto menos!

Me doy cuenta en ese instante de que la estúpida de Sherlyn ya ha ocupado su puesto. Suspiro aliviada al pensar que ahora que Jack no está, ella dejará de ser la reina de la oficina.

— El señor Ackerman ha pedido que ordenes y archives los documentos que hay en su despacho. Y date prisa, lo quiere listo para hoy.

Resoplo, sonrío y asiento.

Evidentemente, que Ackerman se haya marchado y Sherlyn no vaya a ser la reina de la oficina no significa que yo deje de ser la esclava.

El olor a perfume de mi jefe inunda mis fosas nasales incluso antes de llegar a la puerta del despacho que hasta el viernes pasado Jack había ocupado. Respiro y aspiro, calmando mis nervios, y abro la puerta mientras el deseo de que Ackerman reaparezca frente a mí es lo único que mi mente suplica.

— ¿Jack?

Él levanta la vista de las páginas que tiene entre sus manos y me mira.

— Buenos días, Lindsay — saluda con tono educado y respetuoso, aunque también dulce.

Le repaso de arriba abajo, incapaz de controlarme.

Es como si alguien hubiera tirado un cable eléctrico entre nosotros y, en estos instantes, me estuviera enviando una descarga.

— ¿Qué... por qué sigues aquí?

Él se levanta de la silla y se alisa las arrugas del pantalón de traje.

La verdad es que no puedo negar que está guapísimo así vestido. Y sin vestir también, claro. Desvío la mirada hacia la mesa, mordiéndome el labio para no respirar con brusquedad cuando los recuerdos de lo que hicimos ahí mismo inundan mi mente.

— No creo que sea de tu incumbencia, Lindsay — comienza, utilizando un tono más distante esta vez — . Creo que estás un poco confundida. Lo que pasó el domingo no nos convierte, en absoluto, en amigos.

— Lo sé — respondo yo con rapidez, sintiéndome atacada.

¿Cómo consigue hacerme sentir tan estúpida siempre que nos vemos?

— Supongo que lo mejor será que me disculpe contigo.

Esta última frase me pilla desprevenida, así que abro la boca dispuesta a responder pero termino cerrándola sin decir nada.

— Cierra la puerta y siéntate, Lindsay. Por favor.

Como una autómatas, obedezco la orden y me siento frente a él. Me quedo en silencio, intentando descifrar a qué viene esto. Es evidente que no va a despedirme, porque si fuera a hacerlo, no comenzaría la charla con una disculpa, ¿no?

— Creo que tanto el viernes como el domingo me propasé contigo, Lindsay. Mis palabras no fueron adecuadas, menos aún sabiendo que durante una temporada tendremos que trabajar juntos.

— No... ¿No te marchas? — inquiero con sorpresa.

— No. Por eso quiero aclarar las cosas... Siento lo que ocurrió y quiero decirte que no volverá a suceder. De aquí en adelante, seré muy comedido contigo.

Yo asiento, sin entender muy bien a qué se refiere.

¿Habla de lo que sucedió en el despacho? ¿De que no volveremos a... acostarnos?

— Siento lo que dije el domingo y siento si ahora te sientes incómoda en tu puesto de trabajo. El domingo pretendí ayudarte, pero creo que llevarte a mi hotel también resultó del todo inapropiado. Solo quiero que sepas que no volveré a interferir en tu vida personal y que, de aquí en adelante, mi relación contigo se ceñirá estrictamente al ámbito laboral. Te parece bien, ¿Lindsay?

Aunque no debería ser así, sus palabras me golpean como si me hubieran sacudido con brusquedad y me siento aturdida.

— Sí, señor Ackerman.

— Muy bien — responde, antes de tomar asiento en su elegante silla de cuero — . Estos son los papeles que debes ordenar y archivar para hoy. No me importa a qué hora termines, pero espero que no abandones la oficina dejando

este trabajo a medias.

— Sí, señor...

Me levanto temblorosa y sujeto la torre de papeles entre mis brazos. No sé muy bien qué pensar ni qué decir. Solo sé que necesito salir de este despacho cuanto antes.

— ¡Ah, Lindsay! Si tu amiga recibe una demanda y necesita un abogado, dile que me escriba. Creo que podré ayudarla.

Doy por hecho que se refiere a Cora.

— Gracias — murmuro a modo de despedida antes de marcharme de allí.

Aunque un impulso de llorar inunda mi ser, yo me esfuerzo por mantener la compostura y seguir el ejemplo de Charlize. Si ella puede, yo también puedo.

“Estoy destrozada, Lindy. No entiendo cómo ha podido hacerme eso”.

El email de mi amiga está parpadeando cuando regreso a mi mesa y leer ese mensaje sólo consigue que mi estado anímico decaiga aún más. Quiero responderle que yo también estoy destrozada, pero en lugar de eso tecleo “todo irá bien, lo prometo”. Es mentira, desde luego. Pero es la mentira que todo el mundo necesita escuchar o leer cuando las cosas van mal y no van a salir bien.

El resto de la mañana la paso sumergida en la torre de papeles que Ackerman me ha mandado ordenar y archivar. Veo cómo la estúpida y engreída de Sherlyn entra y sale del despacho constantemente y la rabia me corroe por dentro. Sé que debería darme igual, pero inconscientemente, un ataque de... ¿celos? Sí, de celos, me inunda por completo. Ackerman me importa más de lo que había creído, y sé que eso me traerá problemas.

Cuando llega la hora de abandonar la oficina me sorprende con, al menos, un cuarto de la torre de papeles aún sin completar. Reviso mi reloj y resoplo, angustiada. Charlize está recogiendo sus cosas y se marcha ya, pero sospecho que yo no abandonaré el edificio hasta, al menos, dentro de un par de horas.

— Qué te sea leve... — me dice, dándome ánimos.

Pero la que necesita ánimos es ella. Tiene muy mala cara.

Media hora después de que Charlize y mis compañeros se hayan marchado, Ackerman y Stew abandonan el edificio y yo me quedo aquí sola, sumida en un total y completo silencio.

El sueño comienza a hacer efecto en mí, y aunque estoy deseando finalizar mi trabajo para poder escapar de este espantoso lugar, necesito una pausa para tomar un café.

Lo que me encuentro allí cuando me dispongo a tirar el vaso vacío a la papelera me revuelve el estómago; mis medias rotas continúan en la basura.

— Ackerman... — murmuro, con un nudo apretándome el estómago.

Tener que verle esta temporada resultará mucho más duro de lo que había imaginado.

# 14

— Bueno, parece que tenemos el kit de supervivencia al completo — asegura Cora, sonriente.

— ¿Hay chocolate?

Compruebo las tabletas disponibles antes de responder.

— De almendra y con leche.

— ¿Hay palomitas? — murmura Charlize.

— Dos sacos.

— ¿Alcohol?

Levanto la botella de vino espumoso a modo de respuesta.

— ¡Entonces, estamos preparadas! — asegura Charlize, dejándose caer en el sofá.

Es sábado, son las siete de la tarde y los ángeles de Charlie hemos decidido quedarnos en casa para disfrutar de una velada en paz.

No sé a Cora, pero estoy segura de que a Charlize tampoco le apetece lo más mínimo terminar borracha en un bar, perdiendo el conocimiento. Y yo... Bueno, digamos que ahora mismo mi estado anímico está por los suelos. Sin lugar a dudas, ésta ha sido la peor semana de la historia de mi existencia.

No ha habido ni un solo día en el que haya regresado del trabajo a la hora habitual porque Ackerman se ha cebado conmigo dejando todas las tareas pendientes a mi cargo. No ha sido desagradable y nuestra relación se ha ceñido a un trato estrictamente laboral, tal y como prometió. Y quizás, ése sea

otro de los motivos por el que ahora sea una versión hundida, triste y deprimida de la Lindsay habitual.

— ¿Recuerdas cuando te decíamos que los mensajitos arrastrándote detrás de los tíos resultaban patéticos? — pregunta Charlize, dirigiéndose a mí.

Cora también presta atención, adivinando lo que va a contar a continuación.

— Le has escrito.

Charlize asiente y nos tiende el teléfono.

Una docena de mensajes (como poco) inundan la pantalla del aparato. Ninguno de ellos ha recibido respuesta. Leo superficialmente lo que mi amiga le ha escrito a Dexter y su sinceridad me conmueve y me encoge el corazón. En la mayoría de esos mensajes, Charlize le dice lo mucho que lo está echando de menos y lo duro que le está resultando avanzar sin él.

— Es diferente — le aseguro —, tú a Dexter le conoces muy bien. Habéis tenido una relación de seis años.

Cora sacude la cabeza.

— No es diferente. Ese cretino no merece tu atención, Charlize. Le olvidarás, créeme.

— Sí, sé que le olvidaré. Pero... ¿Cómo voy a volver a confiar en alguien, Cora? Te juro que jamás podré volver a enamorarme después de esto... Yo... Creía que lo que teníamos era perfecto y resultó ser un simple engaño.

Cora, que últimamente resulta ser el oráculo que posee todas las respuestas, resopla.

— Volverás a enamorarte y volverás a confiar. Solo necesitas tiempo para olvidar a Dexter, nada más.

¿Por qué esta conversación me obliga a pensar en Jack Ackerman?

Aunque estemos hablando de sentimientos que no son míos y de otra relación totalmente diferente, él no deja de aparecer una y otra vez en mi mente. Torturándome. Recordándome que está ahí y que va a seguir estándolo aunque yo no quiera. Y lo peor de todo, que a pesar de tenerle todos los días muy cerca, en realidad sigue estando lejísimos. Ackerman es inalcanzable y eso me

está matando, porque por un instante lo he tenido entre mis brazos y no he sido capaz de verlo.

Llevo toda la semana analizando la situación y pensando cómo podría haber sido si yo me hubiera comportado de otra manera. ¿Qué hubiera pasado si aquella primera noche en la que desperté en su hotel me hubiese quedado a desayunar? Me habría presentado, nos habríamos hecho arrumacos, habríamos desayunado tortitas y, después, habríamos descubierto que él era mi jefe y que yo era su empleada. Cosas del destino, del karma o, quién sabe, de la casualidad. Puede que entonces Jack y yo hubiésemos comenzado una relación, algo intenso y romántico. Pero por desgracia, los consejos de Cora y de Charlize me enviaron por un camino muy diferente y mi situación actual... no es la que deseo.

Aunque, por otro lado, ¿por qué demonios deseo a un hombre tan egocéntrico y engreído como él? ¿Cómo puede importarme un tipo que me ha insultado, manipulado y mareado como le ha dado la gana y sin consecuencias? Sin tener en cuenta la explotación laboral a la que me estoy viendo sometida esta semana, claro.

Gracias a Dios, la tarde se desarrolla mejor de lo que pensaba y terminamos sumidas en un estado de semiinconsciencia mientras “Desayuno con diamantes” se reproduce en un segundo plano televisivo. Pedimos pizza cuatro quesos para cenar y nuestras conversaciones terminan desviándose a asuntos más banales y absurdos. Cora vuelve a repetirnos de vez en cuando que nos animemos, que la vida continúa y que uno tan solo debe mantener la compostura para que las cosas, tarde o temprano, terminen mejorando.

— ¿Habéis visto? — exclama Charlize con el teléfono en la mano y los ojos abiertos como platos —, ¡es increíble! ¡Jack Ackerman sale en la revista People!

— ¿Ah, sí? — inquiero, fingiendo que no me interesa en absoluto.

Lo que me faltaba. Ahora tengo que verle incluso en la prensa del corazón. Vale que sea guapo, alto, sexy y rico pero, ¿qué le han visto los de la revista People como para dedicarle un apartado?

Cora se pega a la pantalla.

— Esto no te va a gustar en absoluto, Lindy...

Aunque la curiosidad que siento es inmensa, me obligo a continuar impasible.

— ¡Está saliendo con Sherlyn!

Y esa última exclamación es suficiente para hundirme por completo.

— ¡No puede ser! — exclamo, horrorizada, acercándome yo también.

En efecto, ahí están.

La foto que la revista ha publicado no deja opción a dudas; Jack y Sherlyn van por la calle agarrados de la mano.

— Lo siento — susurra Cora — , sé que te gustaba.

Yo me encojo de hombros.

— En realidad, ni siquiera le soporto — aseguro — . Ackerman no me cae bien. No me interesa ni me importa lo más mínimo lo que decida hacer con su vida.

Cora y Charlize se lanzan una mirada. Evidentemente, no me creen.

Yo tampoco me creo.

# 15

Ahora la oficina se ha transformado en el escenario de todos los cotilleos. El lunes llego puntual, recojo mi mesa, me bebo un café y me preparo para soportar todo lo que tenga que venir. El problema es que el ambiente que se respira es todavía peor de lo que se podía esperar. La gente, aún incrédula, se dedica a contemplar cómo la arpía de Sherlyn se pasea por el edificio y a cronometrar cuánto tiempo pasa en el interior del despacho de Ackerman. Y la verdad es que pasa muchísimo tiempo ahí adentro.

La escenita que vivimos sobre la mesa de su despacho regresa a mi mente, y pensar que seguramente eso sea lo que esté pasando en el interior de su despacho me revuelve el estómago de tal manera que un ataque de náuseas me invaden. Además, Charlize hoy no ha venido a trabajar y eso hace que el día se me venga cuesta arriba.

— ¿Piensas ponerte a trabajar algún día o pretendes seguir sin hacer nada, Lindsay?

Levanto la mirada de la pantalla. La asquerosa de Sherlyn está delante de mí. ¿Pero quién diablos se piensa que es para poder hablarme así? Vale que se lo pase a Ackerman e incluso a Stew y vale que haya soportado sus órdenes indirectas. Pero lo que no voy a soportar, ni ahora ni nunca, son sus órdenes directas.

— ¿Tienes algún problema con cómo trabajo, Sherlyn? — escupo rabiosa, mirándola con mala cara.

Ella frunce el ceño y me repasa con desprecio.

— La verdad es que sí. Como veo que no estás haciendo absolutamente nada,

te voy a mandar que bajes a los archivos de la primera planta y que busques dos expedientes. Los quiero rapidito en mi mesa, ¿bien?

Me parece genial que ahora toda la oficina la vea como la nueva jefa de la empresa pero... Yo no. No estoy dispuesta. Antes prefiero el despido.

— ¿Sabes qué, Sherlyn? Puedes bajar tú si quieres, yo tengo cosas que hacer.

Mi compañera la arpía despiadada pone los brazos en jarras y se mantiene inmóvil. Al parecer, esperaba otra reacción por mi parte.

— Entonces tendré que decírselo al señor Ackerman.

— ¡Venga! ¡Pues corre a decírselo a tu jefecito, Sherlyn!

— ¿A decirme qué?

Su voz fría y distante hace que ambas peguemos un leve respingo.

Sherlyn se apresura a sustituir el registro agrio de su voz por uno más dulce.

— Le pedía a Lindsay que bajase a los archivos para recoger los expedientes, señor.

Ackerman pasea la mirada de una a otra y yo me esfuerzo por parecer más fuerte de lo que soy y mantenerme firme.

— Baja a los archivos a por esos expedientes, Lindsay — me dice con voz fría — . Espero que esta situación entre compañeros no se repita más.

Un murmullo general se escucha por toda la oficina y yo, avergonzada, asiento y me levanto de mi mesa.

— Ahora mismo bajo — respondo con la voz ahogada.

Camino con el paso tembloroso hacia la entrada y, cuando de reojo lanzo la vista atrás, veo la sonrisa satisfecha y despiadada de Sherlyn.

“La odio”, pienso, apretando los puños con fuerza para poder controlarme.

Cuando alcanzo los archivos, en la primera planta, me echo a llorar desconsoladamente. Esto es un laberinto gigante con estantes y archivadores y muy raras veces coincides con alguien, así que aquí me siento segura y me puedo desahogar sin miedo a que nadie me interrumpa. No puedo más. La semana pasada fue una de las peores de mi vida, por no decir la peor, y ésta va

de camino. No puedo seguir trabajando en esta empresa si me siento... insegura, incomoda y dolida. No puedo seguir viéndole todas las mañanas.

Pero tampoco puedo permitirme dejar mi empleo hasta que no haya buscado otro.

Consigo calmarme, me seco la cara y decido que ha llegado la hora de subir de vuelta y continuar enfrentándome a la arpía venenosa y a su jefe.

¿Por qué demonios no ha venido hoy a trabajar Charlize? ¡Dios, la necesito! Esta oficina puede convertirse en un verdadero campo de batalla los días que ella no está.

— ¡Eh, Lindsay!

Me giro hacia el origen de la voz y me encuentro con un chico corriendo en mi dirección.

— ¿Qué tal? — me pregunta, colocándose a mi lado — . ¿Vas a subir?  
— añade, señalando el ascensor.

Yo frunzo el ceño.

— Sí, voy a subir, tercera planta. ¿Y tú?

— ¿No te acuerdas de mí, verdad?

Yo hago un esfuerzo por ubicarlo entre mis recuerdos, pero la verdad es que no caigo en él.

— ¡Soy Grayson! — exclama sonriente, mientras me guiña un ojo — . El de la quinta planta, de inversiones. ¿Te acuerdas ahora? Coincidimos una vez en...

— ¡Ah, sí! ¡Mi héroe del paraguas!

El chico asiente y me invita a pasar al ascensor. Después me sigue y pulsa los botones de nuestras plantas correspondientes.

— ¿Qué tal todo?

Yo me encojo de hombros.

— Está siendo una semana dura — confieso, aunque no sé porqué le estoy contando nada a un desconocido.

— He escuchado que tenemos al jefe por ahí... — me dice, asintiendo — , tranquila, también han dicho que se marchará pronto. Tendremos que aguantar el tipo mientras tanto.

“Si tú supieras...”

— Es mi planta — señalo, antes de abandonar el ascensor — . Un placer volver a verte, Grayson.

— ¡Lo mismo digo, Lindsay!

No soy estúpida, así que cuando entro a la oficina sé que todo el mundo me está mirando y que no hay nadie que no hable del encontronazo que hemos tenido Sherlyn y yo. Añadirán, además, que Ackerman ha salido a la defensa de su fiel amante. Y todo esto conllevará a que la arpía siga creyéndose la reina máxima de este lugar.

Me acerco hasta su mesa con paso firme y me dispongo a colocar los papeles sobre su mesa con la cabeza alta. No quiero que se dé cuenta de que he estado llorando.

— No. Llévalos a Ackerman — me dice, sonriendo con regocijo — . Y date prisa, Lindsay. Has tardado una eternidad.

Aspiro. Suspiro. Aspiro. Suspiro.

Y así unas cuantas veces mientras me dirijo a su despacho.

— ¿Señor Ackerman? — inquiero, pasando al interior.

— Déjalos sobre mi mesa — dice, sin levantar la vista hacia mí.

No puedo con esta situación.

Sé que me dijo que nuestra relación se ceñiría estrictamente al ámbito profesional pero... Pero esta indiferencia puede conmigo.

Estoy a punto de marcharme cuando decido que no seré capaz de soportar venir mañana a trabajar sin saber cuánto durará mi tortura.

— Señor Ackerman, he escuchado que se marchará pronto. ¿Es eso verdad?

Jack levanta la cabeza y, por primera vez, me mira.

— ¿Te interesa saber cuándo voy a marcharme?

Con el corazón en un puño, asiento.

Él tarda unos instantes de más en contestar.

— No tengo pensado marcharme, Lindsay. Espero quedarme bastante tiempo en esta sede.

Guardándome los sentimientos para mí, asiento y me dispongo a abandonar el despacho.

— ¡Ah, Lindsay! — exclama, captando mi atención — , Antes de regresar a tu mesa, puedes limpiar el café que a Sherlyn se le ha caído en el pasillo.

— ¿Señor...?

— Las chicas de la limpieza no vendrán hasta que la oficina no se vacíe, y no queremos que nadie se resbale, ¿verdad?

Hastada, acepto.

La necesidad de encontrar otro empleo acaba de transformarse en una prioridad. Mejor dicho, en la máxima prioridad.

# 16

Jueves.

¡Dios, jueves!

Antes los jueves eran mis días favoritos de la semana, pero ahora... Bueno, ahora ya no tengo día favorito de la semana. De lunes a viernes sufro una constante humillación por parte de mi jefe, de la arpía y de Stew, y si me dejan tranquila es porque tengo trabajo para aburrirme y más. No puedo respirar un solo instante sin que ellos estén sobre mí; bueno, en realidad, sin que Stew y Sherlyn estén sobre mí, porque Ackerman ni siquiera me mira cuando paso por delante de él. Lo único que hace es mandarme más y más trabajo, como si yo solita pudiera encargarme de todos y cada uno de los asuntos de la oficina. Los sábados y los domingos son una cuenta atrás, en la que espantada, tiemblo cuando llega el momento de volver a este edificio.

Bueno, ya he preparado mi currículum y esta tarde me organizaré con la ayuda de Cora para poder entregarlo personalmente en varias empresas. Mi pobre compañera de piso está harta de escucharme hablar de Ackerman, así que me llevará en coche a donde yo le pida siempre y cuando consiga que yo deje de hablar sobre esta oficina.

Pulso el botón de la impresora y me levanto para recoger los papeles. Cuando llego, me sorprendo al comprobar que en la máquina no ha salido nada en absoluto. Desvío la mirada hacia el puesto de trabajo de Charlize y me sorprendo al comprobar que hoy tampoco ha venido a trabajar, lo que me es extraño. Muy extraño. Ayer por la noche hablé con ella por teléfono y me dijo que estaba mejor. Es más, su voz sonaba perfectamente y no parecía encontrarse mal.

— ¿Quieres que te ayude?

Me giro. Es Tom, Tom el guapo.

Sonríó como una tonta y asiento con la cabeza de forma automática.

— Al parecer he debido de enviar los archivos mal, porque no me los imprime.

Tom sonrío. Madre mía, ¡qué guapo es! ¡Y qué sonrisa tan bonita tiene!

— Comprueba que no los hayas enviado a la impresora de la quinta planta. Es una HP y tiene el nombre igual que la nuestra... A veces me pasa.

— Gracias, Tom — murmuro, avergonzada.

Creo que es la conversación más larga que he tenido con él desde que trabajo aquí. Bueno, al menos, el chico ha conseguido sacarme una sonrisita.

— De nada, Lindsay.

Miro de reojo de un lado a otro en busca de Stew o de Ackerman, y como no hay rastro de ninguno de los dos jefes, me encamino al ascensor hasta la quinta planta. Lo último que me apetece es que alguien vaya a recoger unos archivos y se encuentre con cincuenta copias de mi currículum. Seguramente, podrían quejarse por el uso incorrecto del material de oficina. Y además, tendría que dar explicaciones sobre por qué lo estoy imprimiendo.

Cruzo los dedos cuando me bajo en la quinta planta y me escabullo entre el personal para llegar a la impresora antes que nadie. Allí están, sanas y salvas, todas y cada una de las copias. Cuando me dispongo a regresar a mi puesto de trabajo, Grayson, cuyo nombre ya no volveré a olvidar jamás, me saluda de fondo. Levanto la mano y le digo adiós.

La puerta del ascensor se abre y yo echo a correr como un pollo sin cabeza para que ninguno de mis insufribles jefes me vean fuera de la mesa, pero como no, el karma — una vez más —, no está de mi parte. En plena carrera, me choco contra uno de mis compañeros y el impacto hace que caiga redonda al suelo, desparramando todas las páginas impresas por el suelo de la oficina.

— ¡Joder! — grito, mientras una punzada de dolor se incrusta en mi muñeca. Para rematar, he caído sobre ella y me duele horrores — . ¿Es que no sabes mirar por dónde...?

No concluyo la frase porque Ackerman me está observando con cara de pocos

amigos. Siento cómo mi corazón comienza a latir a mil por hora de forma irregular y, cuando mi jefe se agacha y coge uno de mis currículos, tengo la sensación de que estoy a puntito de sufrir un paro cardíaco.

— Lo siento, señor. No le había visto... — tartamudeo, mareada.

¡Ay, Dios mío!

Jack no contesta. Me tiende el currículum de forma poco amistosa y pasa de largo sin decir nada más. Abochornada y, una vez más, siendo el punto de mira de toda la oficina, recojo las cincuenta copias con la mayor rapidez posible y me encamino a mi mesa.

“¿Qué más me puede pasar hoy?”, pienso, alicaída.

Un rato después, recibo un email de Stew con carga de trabajo. Para variar, otro día más que no saldré de la oficina a mi hora.

“¿Estás bien, Charlize? Te estoy echando de menos esta semana”. Escribo el mensaje y pulso la tecla de enviar. No me apetece que mis jefes me pillen con el teléfono, pero empiezo a estar realmente preocupada por el bienestar de mi amiga.

A las cinco la gente comienza a marcharse del trabajo. A mí aún me quedan un par de horas, así que le aviso a Cora de que puede echarse dormir porque llegaré tarde. La pobre, que había tenido un turno de noche el día anterior, iba a quedarse sin echar la siesta por hacerme de chófer, pero al parecer mi jefe ya se ha encargado de que no sea necesario.

— ¡Eh, Lindsay! ¡Hasta luego! — grita Sherlyn, regocijándose.

No puedo odiarla más.

A las seis estoy más sola que la una y no se escucha ni un solo susurro en toda la planta.

— Genial... — digo en voz alta.

Bueno, tengo que acabar con mi trabajo y es mejor que me lo tome con humor o terminaré lanzándome desde la azotea del edificio. Pongo la radio a un volumen moderado y decido seguir con la lista por el punto en el que me había detenido.

“Necesitas un nuevo trabajo con urgencia, Lindsay, o terminarás volviéndote loca”, pienso, asqueada.

— Lindsay, ¿sabes que no puedes dejar el puesto de trabajo sin avisar, tal y como indica la normativa interna de esta empresa, con un mínimo de treinta días de antelación?

“¿Treinta días? ¿No eran quince?”

— Sí, señor — murmuro, contrariada por verle tan cerca de mí.

Ackerman acaba de regresar a la oficina, lo que hace que mis pulsaciones vuelvan a dispararse a mil por hora.

— ¿Entonces...? — inquiera, mirándome y esperando alguna explicación más.

Yo no sé muy bien qué decir.

— He escuchado en la radio que uno siempre debe de tener su currículum actualizado — miento, fingiendo una breve sonrisa.

— Lo has escuchado en la radio...

— Sí, señor.

— ¿Y por eso has sacado tantas copias de él? ¿Para asegurarte de que está en todas actualizado?

Trago saliva sin saber muy bien qué decir.

Ackerman se cruza de brazos y se sienta sobre la mesa que hay frente a mí. La situación cada vez empeora más y mi nerviosismo va en aumento.

Nos quedamos en silencio varios segundos hasta que, nuevamente, él lanza otra pregunta más.

— ¿Me puedes explicar por qué has impreso los currículums en la quinta planta en vez de en la nuestra?

— Nuestra impresora se llama prácticamente igual que la de la quinta planta.

— Así que te has confundido de impresora — señala.

— Así es, señor.

— ¿No has intentado evitar que yo o Stew pudiéramos ver lo que estabas haciendo?

Inmediatamente, sacudo la cabeza en señal de negación.

— Le aseguro que no, señor — murmuro con voz ronca.

Ackerman parece tan serio que ni siquiera sé cómo dirigirme a él.

— ¿No? — repite.

Yo vuelvo a sacudir la cabeza en señal de negación, confirmándole lo que acabo de decir.

— ¿Tampoco tiene nada que ver que tu novio trabaje en la quinta planta?

— ¿Perdone, señor? ¿Mi... novio?

Esto último sí que me ha pillado por sorpresa.

Jack Ackerman sonrío con ironía, como si por fin hubiera llegado a donde él pretendía.

— Es verdad... Se me olvidaba que no te gustaban los compromisos.

Cuando dice eso, caigo en la cuenta de aquello que me comentó hace tiempo sobre las relaciones en el trabajo y comprendo que, tanto entonces como ahora, se refería a Grayson. No puedo evitar soltar una risita.

— Tan sólo es un amigo — aseguro — . Bueno, en realidad, casi ni nos conocemos.

— No me alegra saber que no soy con el único desconocido con el que te acuestas.

Estoy a punto de caerme de la silla.

— No me... — comienzo, aunque soy incapaz de concluir la frase.

Todo esto me parece totalmente surrealista.

Ackerman se acerca hasta mí con paso decidido.

Aunque la radio sigue sonando de fondo, estoy tan nerviosa y asustada que lo único que escucho son los latidos de mi propio corazón.

— ¿Recuerdas lo que te dije en el hotel, Lindsay? — susurra muy bajo, acercándose a mi rostro.

Quiero apartarme. Es más, estoy dispuesta a hacerlo. El problema es que mi cerebro envía la orden pero mi cuerpo se niega a responder. Anhele demasiado volver a encontrarme con él, que vuelva a tirarme encima de la mesa, como para marcharme ahora. Le deseo, y es estúpido pensar lo contrario.

— No, no recuerdo...

— Te dije que no me gustaba que tocaran lo que era mío — murmura, sonriendo, mientras me indica con un gesto que me levante de la silla — , y sigue sin gustarme.

— Señor...

El vuelve a repetir el gesto así que, finalmente, me levanto. Obediente. Sumisa. Como él quiere que yo sea. Estoy tan confusa que ni siquiera sé cómo reaccionar. Su mano roza mi brazo desnudo y va ascendiendo hasta el primer botón de mi camisa. Lo desabrocha con lentitud mientras besa mi cuello. Lo lame brevemente. No está siendo brusco como la anterior vez, sino todo lo contrario. Y, ¡dios! ¡Ackerman puede conmigo!

Hay algo en él, un yo no sé qué, que consigue volverme loca de remate. No hay una faceta de él que no me excite, y ese punto no juega precisamente a mi favor.

— Date la vuelta y súbete la falda, Lindsay.

Sus palabras sacuden todo mi interior, y aunque una pequeña parte de mi desea seguir adelante con ese juego, otra parte de mí es más fuerte. No quiero más sufrimiento. No quiero ver cómo se pasea con Sherlyn de la mano mientras se entretiene conmigo y después me tira a la basura como un trapo viejo. No estoy dispuesta a que me manipule más.

Aprieto los puños con fuerza antes de responder.

— Te dije que no me gustaban las relaciones ni los compromisos serios. Te dije que no quería desayunar contigo y te di a entender que sí, que era una chica fácil... Pero sólo lo dije porque estaba cansada de capullos que buscaban chicas para coleccionar. Un polvo más, una noche y un adiós... Estaba cansada de hacerme ilusiones y que me rompieran el corazón, estaba cansada de esperar que mi cuento de princesas se hiciera realidad... ¡Porque quería un Dexter para mí! ¡Quería un maldito Dexter para mí!

Ackerman da un paso atrás y, mientras el llanto se apodera de mí y las lágrimas comienzan a deslizarse por mi mejilla, yo decido que no hay marcha atrás. De perdidos al río.

— Sólo quería aparentar ser más fuerte de lo que era y ponerme un caparazón, pero claro, ¡tuve que dar contigo esa maldita noche! — grito, histérica, sin dejar de llorar — . ¿Sabes lo difícil que es para mí venir cada día a esta maldita oficina? ¿Sabes lo mucho que te odio, Ackerman? ¡Te odio! ¡Te odio, te odio!

Él se queda en silencio, mirándome muy fijamente.

— ¿Se...ñor...?

Ambos nos giramos hacia la puerta. Allí está Sherlyn, mirándonos como las vacas al tren sin comprender lo que está sucediendo entre nosotros.

Respiro hondo, cojo mi chaqueta del respaldo de la silla y me seco las lágrimas de un manotazo.

— Se acabó. Me despido — anuncio, intentando mantener la compostura pero totalmente derrotada — . No puedo más con esto... No me importa si no tengo derecho a una indemnización o si no recibo la carta de recomendación. No volveré a pisar esta oficina.

Decidida, echo a caminar hacia la entrada hasta que me topo de bruces con Sherlyn.

— Quítate de mi camino, arpía asquerosa — escupo con desprecio.

Ella, confusa y algo afectada, obedece sin rechistar nada en mi contra.

Mientras camino, lo único que se escucha es el sonido de mis tacones golpeando el suelo en dirección al ascensor. Caminando hacia la libertad.

# 17

— Cada día sales más tarde de la oficina — grita Cora desde el salón cuando escucha la puerta de nuestro piso abriéndose.

— ¿No has recibido mi mensaje? — pregunto, acercándome a ella para besar su mejilla.

Está vestida, calzada y parece llevar un rato esperando a que yo aparezca por la puerta. Ella sacude la cabeza en señal de negación.

— No he mirado el móvil... — murmura — . ¿Y los currículos? ¿No los has impreso?

Yo suspiro, agotada, y me dejo caer en el sofá junto a mi amiga.

En ese instante, todo mi mundo se derrumba y siento que quiero morirme aquí mismo. Las lágrimas comienzan a brotar libres y la ansiedad me oprime el pecho provocando que mi respiración se agite.

— ¡Eh, eh, Lindy! — exclama Cora, envolviéndome entre sus brazos — . ¿Qué ha pasado, Lindy? No llores, venga... Cuéntame qué es lo que ocurre... Seguro que hay solución.

Yo gimoteo, mocosa, antes de explicarme.

— Me he despedido... — lloriqueo, confusa — ... ¡me he despedido!

— ¡Pero si eso era lo que querías! — exclama ella, intentando inculcarme ánimos — . Bueno, vale que aún no hayas conseguido otro empleo, pero estate

tranquila, todo llegará... Piensa que el paso más complicado era decir “bye, bye” a Ackerman y eso ya lo has hecho. El resto, será pan comido.

Quiero decirle que sí, que tiene razón; pero en realidad no me siento feliz, ni aliviada, ni preparada para continuar. Estoy derruida, tengo ansiedad y jamás hasta hoy me había visto tan perdida en la vida. La estrecho con fuerza contra mi cuerpo en el instante en el que comienzo a hipar descontroladamente. Cora se ríe de mí.

— ¿Es que no te doy ni un poco de pena? — escupo, llorando.

Ella vuelve a soltar una carcajada.

— Perdona, Lindy, es que siempre había pensado que el hipo era cosa de borrachos...

— Cora... — gimoteo, apartándome un poco de ella.

Mi amiga dibuja una mueca de disgusto antes de darme unas palmaditas en la espalda.

— Esto no es por el trabajo, ¿verdad? — pregunta con seriedad.

Yo sacudo la cabeza.

— ¿Te has enamorado de él, Lindsay?

— Creo que sí — confieso, con las lágrimas aún resbalándome por las mejillas.

En realidad, estoy segura de que sí; pero no quiero sonar demasiado patética.

— ¿Por qué? — inquiera, confusa — , no lo entiendo. Te pasas el día diciendo que te trata mal, que es insoportable y un egocéntrico.

— ¡No lo sé, Cora! ¡No sé por qué! — grito, secándome la cara a manotazos — . Solo sé que prefiero estar con él y que me trate mal a que sea indiferente conmigo. Que cuando me habla se me dispara el corazón, Cora. Te lo juro, nunca antes me había pasado, pero es exactamente así. Si me dirige la palabra, da igual la calma que me obligue a mantener que mis pulsaciones se aceleran a mil por hora. Todo me da vueltas cuando le tengo cerca... Y puedo ver las cosas buenas que tiene aunque sea un capullo integral.

— ¿Tiene cosas buenas? — pregunta Cora, riéndose tontamente — . Yo no estaría tan segura...

— Las tiene — confirmo, convencida de ello — . Es trabajador y no delega sus responsabilidades en nadie más, suele ser amable con todo el mundo y se ha preocupado por aprenderse el nombre de TODOS los que estamos en la oficina. ¿Sabes cuánto tardé yo en aprenderme el nombre de todos los de la planta? ¡Tres meses como poco! Ha intentado que nos sintamos cómodos y ha escuchado los problemas que tenemos. Es educado y, ¡dios Cora!, puedo ver bondad en su mirada. ¡Te juro que la veo!

— Y también puedes ver lo guapo que es — concluye.

Al final, asiento y me uno a sus risas.

— Eso también.

Ella suspira hondo, pensando qué decirme.

— En realidad, prácticamente no le conoces, Lindy... Le olvidarás.

Niego rotundamente.

— No necesitas conocer a alguien profundamente para saber que es la persona con la quieres estar.

— ¡No os soportáis, Lindsay!

— Pero sé que quiero volver a verle a todas horas, Cora, y eso tiene que significar algo. ¿Verdad?

Es evidente que ella no sabe qué decirme. Al final, se levanta del sofá, prepara dos copas del vino espumoso que sobró el otro día y me acerca una de ellas.

— Le olvidarás — murmura, convencida de ello — , pasarás página y le olvidarás.

Con el corazón en un puño y hecho añicos, asiento.

Sí, Cora tiene razón, le olvidaré. Tarde o temprano conseguiré sacarme al estúpido de Ackerman de la cabeza.

— Por cierto — digo, alzando la mano para que Cora pueda ver mi muñeca

— , menos mal que tengo a una enfermera en casa.

— ¡Lindsay! ¡Eso es un esguince como poco!

Yo me río tontamente y me encojo de hombros.

Ahora mismo, lo que menos me duele es la muñeca.

— Te la vendaré, dame un segundo.

# 18

Son las ocho de la tarde y aunque le hemos dejado varios mensajes en el buzón de voz a Charlize, aún no sabemos nada de ella. La verdad es que ambas comenzamos a estar muy preocupadas por nuestra amiga.

— Vámonos — me dice Cora, calzándose los zapatos — , va siendo hora de que pasemos a hacerle una visita.

Yo asiento, conforme con su idea, y me preparo para salir a la calle.

Mientras Cora conduce a la velocidad de la luz — es una loca al volante — , yo hago varias intentonas por contactar con mi amiga, sin resultado. ¿Qué demonios le pasará a Charlize? ¿Dónde diablos se habrá metido?

— ¿Empezamos a preocuparnos ya? — pregunta Cora mientras conduce.

Mi cara de desconcierto debe de haberle respondido que sí, podemos preocuparnos.

Esta forma de comportarse es realmente impropia de Charlize, así que más vale que nuestro tercer ángel del grupo tenga una buena explicación para habernos dado este susto.

— ¿Y si le ha pasado algo? — inquiero con un tono inevitable de histeria.

Cora sacude la cabeza.

— Ya me habrían llamado — señala.

— ¿A ti? ¿Por qué a ti?

Una sonrisita traviesa se dibuja en el rostro de mi amiga.

— ¿No os lo he dicho nunca? Soy vuestro contacto de emergencia.

— ¿Tú? ¿No debería ser mi madre?

Cora se ríe, divertida.

— Trabajo en el hospital, Lindsay... Hace tiempo que me puse como vuestro contacto de emergencia.

Yo frunzo el ceño y pongo cara de pocos amigos.

— Anda, ¡gracias por la información!

Mi compañera de piso continúa riéndose sin apartar la vista del tráfico.

— ¿Conoces a alguien más que sepa poner una vía? Si te pasa algo, yo seré de más ayuda para ti, que tu madre. Te lo aseguro.

En eso tiene razón.

La conversación se interrumpe porque ya estamos llegando a casa de Charlize. Mientras Cora aparca, yo saco la cabeza por la ventanilla y busco las ventanas del piso de mi amiga para comprobar si las luces están encendidas o apagadas. Apagadas. Además, las persianas están a medio bajar y allí no parece haber nadie.

Aún con todas, nos acercamos al interfono y pulsamos su timbre. Tenemos llaves de su casa, pero hemos decidido dejar esa opción como último recurso.

— No responde.

Pensativa, saco mi teléfono móvil y pruebo una última vez.

— No, al teléfono tampoco responde.

Cora sonrío de esa forma tan peculiar que tiene de hacerlo cuando una idea se ilumina en su mente. Saca las llaves de su bolso, abre la puerta del portal y tira de mí para que pase al interior.

— Pero no está en casa, Cora... — señalo, confusa.

— No importa. Ya lo verás...

Subimos hasta la cuarta planta y, sin tocar el timbre, abrimos la puerta. El piso huele a cerrado y desde el umbral de la entrada podemos ver el desorden que

Charlize tiene en su salón.

— La llamaré desde el teléfono de casa... Ya verás cómo así sí responde  
— señala mi compañera de piso.

Yo asiento. La verdad es que es buena idea.

Si Charlize ve que estamos en su piso, responderá. O bueno, eso espero, al menos.

Cora marca su teléfono móvil y llama mientras yo me entretengo ordenando el desastre en el que Charlize está viviendo. Hay paquetes de comida rápida en el sofá, una manta en el suelo, envoltorios... Vamos, un auténtico caos.

— ¿Cómo demonios puede estar viviendo así? — señalo, asqueada, mientras recojo los envoltorios de una hamburguesa del McDonald.

— No responde.

— Pues insiste — propongo — . No sabemos dónde buscarla así que...

Tres intentos después, cuando el salón ya está adecentado, nos rendimos y nos dejamos caer sobre el sofá de Charlize. En fin, misión fallida. No sabemos dónde demonios se ha metido nuestra amiga, no he dejado mi currículum en ninguna empresa y, encima, Cora tiene turno de madrugada y tendrá que marcharse a las cinco de la mañana a trabajar y sin dormir.

— ¿Nos vamos?

Sacudo la cabeza en señal afirmativa, rindiéndome.

— ¿Dónde crees que está?

— La verdad es que no tengo ni la menor idea.

— ¿Pero crees que está enferma o que es una pantomima?

Y justo cuando vamos a cerrar la puerta, el teléfono de casa comienza a resonar estrepitosamente. Cora corre hasta él y descuelga el auricular.

Incluso a la distancia, puedo escuchar la voz de Charlize desde el otro lado del aparato.

— ¿Quién eres? ¿Y qué te crees que estás haciendo en mi piso?

Su tono suena muy aireado.

— Somos nosotras, Charlize. ¿Dónde leches te has metido? ¡Te estamos buscando!

Cora pone el altavoz para que yo también pueda escuchar la conversación.

— Es una larga historia, pero... ¿Podéis hacer algo por mí? ¡Por favor!

Cora y yo nos miramos, asustadas.

— ¿Qué necesitas? — pregunto, asustada.

No sé porqué, esto no me da buena espina.

— Necesito que cojáis la escalera de mi piso y que me la traigáis a la dirección que voy a enviaros en un mensaje. ¿Lo podéis hacer mí, por favor?

— Mándanos la dirección... Ya vamos de camino.

— Os quiero — asegura Charlize, antes de cortar la llamada.

¿Por qué tengo la extraña sensación de que nuestra amiga está metida en un lío? ¿Y por qué sospecho que, si vamos a buscarla, nosotras también terminaremos metidas en el ajo?

# 19

En el Mini Cooper de Cora no entra la grandiosa escalera de Charlize, así que hemos tenido que atarla al techo con cuerdas. Todo el mundo se queda mirándonos allí por donde pasamos y aún nos queda un largo camino de recorrido.

Tomamos la salida de la autopista con el GPS puesto de fondo, porque la verdad es que no tenemos ni la más mínima idea de por qué Charlize se encuentra en ese apartado barrio de la ciudad. Creo que jamás en mi vida he estado allí y ni siquiera he oído hablar de él. Al parecer, mi querida amiga empieza a perder poco a poco la cabeza.

— ¡OH, DIOS MÍO! — grito, asustadísima — . ¡Cora, PARA!

Mi amiga pega un respingo y disminuye la velocidad.

— ¿Qué pasa? — pregunta, mirándome en busca de respuestas.

— ¡LA ESCALERA! ¡Se está soltando la escalera!

Puedo verla por los espejos retrovisores.

— Madre mía, madre mía... — murmura mi compañera de piso, apartándose al arcén — . ¿Qué hago?

No puedo pensar con tanta presión encima, pero si seguimos avanzando la escalera saldrá volando.

— ¡Vamos a causar un accidente, Lindsay!

— ¡Pues para el coche! — grito, histérica.

Pero es demasiado tarde.

La escalera termina de soltarse y sale disparada por la carretera. Un coche tiene que esquivarla para no colisionar contra ella y otro conductor se ve obligado a cambiarse de carril.

Cora detiene el Mini en el arcén y yo me quedo mirando el maldito trasto a través del retrovisor. Está en el arcén, apartada, y no parece que vaya a causar ningún accidente pero... ¿Cómo la recuperamos? Los coches pasan tan rápido a nuestra par que el Mini se sacude de arriba abajo.

— Voy a por ella... — anuncio, decidida a recuperarla.

Cora pulsa el botón de bloquear las puertas y niega rotundamente.

— No vas a bajarte del coche aquí... ¿Estás loca? ¿Cómo demonios vas a bajarte?

Un vehículo que pasa cerca hace sonar su bocina, sobresaltándonos.

— ¿Y qué hacemos con la escalera?

No hay respuesta. Cora coloca la primera marcha y sale dispara hacia delante.

— ¡Qué le den a la maldita escalera!

Con el corazón a mil, retomamos el camino donde lo hemos dejado.

Cuando llegamos hasta Charlize ya ha oscurecido. Estamos en un barrio residencial repleto de casitas con terreno y jardín; una zona tranquila que en nada se asemeja al ajetreado centro de la ciudad en el que nosotras tres vivimos.

Cuando nos bajamos del coche y saludamos, Charlize nos hace un gesto para que guardemos silencio.

— Nadie nos puede ver — anuncia, con los ojos abiertos como platos.

¿Cuánto lleva sin dormir?

¡Por Dios! Jamás había visto a nuestra amiga con tan mal aspecto y así de descuidada. Parece que lleva días sin peinarse, porque tiene el pelo alborotado y encrespado, la ropa le huele a sudor y su cara delatada un cansancio sin igual.

— ¿Qué narices pasa contigo? — inquiera Cora con tono enfadado.

Nuestra amiga vuelve a hacer un gesto para que bajemos el tono de voz.

— Dexter está ahí adentro — dice, señalando una de las viviendas.

Al fin, todo empieza a cobrar sentido.

— ¿Y tú qué haces aquí, Charlize? — insiste Cora, preocupada — . ¿Estás siguiendo a Dexter?

Charlize suspira hondo y, tapándose el rostro con ambas manos por la vergüenza, asiente.

— Me llamó hace dos días. Hemos quedado este sábado para hablar... Me dijo que no tenía las cosas claras, que él también me echaba de menos y que no soportaba pensar que pudiera estar con otro hombre.

— ¡Pues que se lo hubiera pensado antes de salir con otra mujer! — exclama Cora, indignada.

— ¿Y qué hacemos aquí, Charlize?

— Me prometió que lo de esa chica se había terminado y me dijo que solo necesita tiempo para pensar y replantearse nuestra relación... Y me pidió, por favor, que le esperase.

— ¡Sí, claro! — continúa Cora, cada vez más enfadada — . ¿Pero qué os pasa a vosotras dos con los tíos? ¿No os dais cuenta de lo manipuladores que son, o qué?

Charlize suspira hondo y después nos sujeta a ambas de la mano.

— Quiero saber qué está haciendo ahí dentro — explica — . Necesito saberlo, por favor. Dexter y yo llevamos juntos seis años y... Necesito saber si dice la verdad.

Cora y yo nos miramos de reojo, pensativas.

— Pues si nos necesitas... aquí nos tienes — concluyo, sonriendo con complicidad.

— ¡Los ángeles de Charlie vuelven a la carga! — exclama Cora, corroborando que también está conforme.

El haber perdido la escalera por el camino complica un poco la tarea, pero no será imposible. Dexter se ha metido en un chalet adosado que está vallado por su alrededor. No es que vaya a ser sencillo, pero podemos saltar al jardín e inspeccionar un poco a ver si logramos captar algo por las ventanas de la planta baja.

— Me siento como una niña — murmura Charlize, sonriendo por primera vez en mucho tiempo.

Sí, se nos ha ido del todo la cabeza.

Pero tengo que confesar que si no fuera por esta locura, ahora mismo estaría llorando en mi cama. Aún estoy procurando asimilar que no tengo trabajo y que jamás volveré a ver a Jack Ackerman — bueno, quizás vuelva a verle en las revistas del corazón, con Sherlyn de la mano — . El hecho de pararme a pensar en él me produce náuseas y malestar general.

— ¿No sabes quién vive aquí? — pregunta Cora, intentando dar con el buzón de correo postal para comprobar los apellidos de la familia.

Charlize sacude la cabeza.

— Si lo supiera no estaría intentando entrar al interior.

— ¿Y por qué no buscamos el nombre en el registro? — propongo, encogiéndome de hombros.

— Porque habría que esperar a mañana y porque... Quiero verlo con mis propios ojos.

Ambas lanzamos una mirada de reproche a nuestra amiga masoquista.

— Os juro que si le veo con esa mujer, le olvidaré. No voy a darle una segunda oportunidad si me ha mentado.

— Entonces, ¿a qué esperamos?

Nos disponemos a saltar la verja que rodea el jardín las tres simultáneamente. Aunque para Charlize y para Cora parece una tarea sencilla, a mí se me complica más. El esguince de mi muñeca no ayuda demasiado y a pesar de estar vendado, el dolor que siento al utilizar esa mano es agónico. Soy la única que no logra pasar al interior y, además, termino cayéndome de culo y

armando un escándalo al chocar contra el suelo. Cora y Charlize me ayudan a levantarme y las tres nos escondemos detrás de unos matorrales.

— ¡Qué divertido es esto! — grita Cora.

Tengo el corazón a mil por hora y estoy aterrada. Menos divertido, está resultando cualquier otra cosa.

— Ssssh, que nos van a escuchar — señala Charlize.

Unos minutos después, cuando nos aseguramos de que nadie ha salido al exterior para comprobar de dónde venían los ruidos, decidimos que ya podemos abandonar nuestro escondite y comenzar a acercarnos a los ventanales de la planta baja. Nos movemos sigilosamente hacia allí, como tres espías muy profesionales. Me doy cuenta de que Cora parece estar en su salsa y empiezo a pensar que perseguir gente le gusta más de lo que quiere admitir.

Llegamos a los ventanales y nos agachamos bajo ellos. Desde aquí podemos ver un gran salón decorado de forma minimalista y sencilla. Tengo el corazón desbocado. Me late tan fuerte que estoy convencida de que mis amigas pueden escucharlo.

— ¿Le veis? — inquiera Charlize.

Y entonces, aparece Dexter en escena.

Lleva una copa de vino tinto en la mano y se dirige al sofá. Parece cómodo en la vivienda, como si ya la conociera de antemano o como si hubiera estado viviendo anteriormente ahí.

— ¿Y si se ha comprado una nueva casa? — pregunta en un susurro Cora.

— No digas tonterías — respondo en voz bajita.

Charlize no se molesta ni en contestar.

Nos quedamos mirándole varios minutos, pero allí no parece haber nadie. Al final, se escucha un ruido sordo desde algún lugar de la casa y Dexter se levanta para marcharse del salón.

— ¿A dónde va? — pregunta Charlize, desplazándose sigilosamente hacia otra ventana para no perder de vista al susodicho.

Nosotras también la seguimos hasta terminar en el ventanal que accede al rellano. Desde allí, vemos con Dexter comienza a subir, con su copa en mano, las escaleras hasta la segunda planta de la vivienda. No puedo estar segura de ello, pero me ha parecido escuchar una voz femenina en el interior.

— ¿Y ahora, qué? ¿Lo dejamos? — pregunta Cora.

Veo claramente en la mirada de Charlize que no está dispuesta a rendirse. Puedo ver la necesidad que siente de descubrir la verdad, y de alguna manera, la entiendo.

— ¿Por qué no esperamos a ver si vuelve a bajar con alguien? — propongo.

Ella niega rotundamente.

— No. Necesito ver qué es lo que está haciendo.

Y sin esperar un segundo más, Charlize se da la vuelta, se dirige al árbol en el que habíamos estado escondidas y comienza a treparlo con dificultad.

Cora suelta una risita y yo, que intento tomarme esto muy en serio, procuro reprimir la risa hasta que la estampa de una torpe y poco ágil Charlize consigue sacarme una descomunal carcajada.

— ¡¡¡SSSSSH!!!! — nos grita desde las alturas.

Al final, consigue llegar al alto y apoyarse en una rama.

¡Madre mía! ¡Jamás hubiera imaginado que Charlize pudiera escalar un árbol!

¡Lo que es capaz de lograr el amor!

— ¿Qué ves? — pregunta Cora, impaciente.

Pero el rostro que nos devuelve nuestra amiga confirma las sospechas que teníamos desde el principio.

— ¿Está con ella, verdad?

Nuestra amiga, abatida, asiente.

— Será mejor que nos marchemos — susurra, antes de comenzar a bajar — . No quiero ver esto. Es demasiado.

Nosotras nos colocamos bajo el árbol para ayudarla.

Lo siento por Charlize. Sé por experiencia propia lo doloroso que es que te

rompan el corazón y entiendo lo decepcionada que debe de sentirse después de descubrir que Dexter, el hombre más bueno e íntegro — al menos en apariencia — la estaba engañando en todos los sentidos.

— ¡OH, NO! — grita Charlize.

Alzo la mirada hacia arriba, pero no me da tiempo a ver nada porque el culo de mi amiga se estrella sobre mí. Unos segundos después, las tres estamos en el suelo, doloridas.

— Mi muñeca... — me quejo, mientras un millar de agujitas me torturan clavándose en mi brazo — ..., creo que ahora me la he roto...

— Yo creo que tengo una traumatismo — indica Cora, masajeándose la cabeza — . Como poco, me saldrá un buen chichón.

Ambas miramos a Charlize para comprobar que no se haya llevado la peor parte del golpe. Está llorando, pero es evidente que no llora por la caída.

— Saldremos de ésta, lo prometo — murmuro, antes de arrastrarme por el musgo para darle un abrazo.

Aunque las cosas no hayan salido como esperábamos ninguna, sé que mientras las tres sigamos juntas podremos con todo.

— ¿Pero qué...?

Levantamos la cabeza hacia la ventana de arriba y vemos a Dexter, sin camiseta, asomado.

— ¿Es la loca de tu ex-novia? — grita su amante — . ¡Ya puedes llamar ahora mismo a la policía, Dexter! ¡Ahora mismo! ¡Ha entrado en mi propiedad!

Las tres nos miramos con cara de circunstancias.

— Os acabo de meter en un buen lío... — canturrea Charlize.

— En uno muy feo — corrobora Cora.

## 20

El calabozo no es tan incómodo como suele decir la gente en la televisión. Además, tengo la firme convicción de que todo el mundo debe dormir, al menos una vez durante su juventud, en una celda. ¿Qué sería de mí si de anciana no tuviera estas historias para contarles a mis hijos y a mis nietos? El que no se consuela es porque no quiere, y yo estoy decidida a tomarme esto como una aventura. Además, me repito una y otra vez que de esta manera las preocupaciones no me dejan pensar en Ackerman. Bueno, quizás un poco... Quizás, mientras duermo en el frío suelo de baldosa de la comisaria, esté imaginándome su corbata gris. Puede que haya recreado un par de veces la conversación que tuvimos en el hotel, y en el restaurante, y la escenita del despacho... Puede que esté deseando volver a la oficina y pedirle perdón, suplicarle que me readmita y decirle que estoy dispuesta a ser suya cómo quiera y cuándo quiera. Pero solo puede, porque en realidad, no lo voy a hacer. Tengo orgullo. Mucho orgullo. Y no estoy dispuesta a deshacerme de él.

— Nos ha demandado por allanamiento de la propiedad privada, acoso, y tentativa de yo qué sé qué... — nos explica Charlize, a la que están trayendo de vuelta a la celda — . Supongo que será porque intentasteis atropellarle con el coche.

Cora suelta una risotada.

— ¿Tentativa de homicidio? — propone, como si todo esto se tratase de una broma — ¿Sabéis que debería estar trabajando y que he malgastado mi llamada en avisar al hospital de que estoy enferma?

— Lo mío es peor. Mis padres ni siquiera me han contestado al teléfono. Aún

así, tampoco tendrían dinero para pagarnos la fianza a las tres — señala Charlize, dejándose caer en el banco junto a Cora.

Yo levanto la mirada desde el suelo y me encojo de hombros.

— Pues ya veis... yo no tengo a quien llamar y nadie me está esperando, así que podéis quedaros con mi llamada si se os ocurre alguien que pueda sacarnos de aquí.

— ¿Y el trabajo? — inquiera Charlize con el ceño fruncido.

— Una larga historia. Pero lo resumiré en que ya no hay trabajo.

Le explico con pelos y señales todo, pero cuando termino no recibo ningún consejo por parte de mis amigas. Al parecer, la situación es tan clara que no hay nada que hacer al respecto.

La noche, al final, termina haciéndose eterna. Algunos borrachos entran y salen de la comisaria aunque, gracias a Dios, ninguno termina en nuestra celda. Preguntamos un par de veces cuándo podremos marcharnos a nuestra casa y el comisario nos responde que nuestra situación no es, en absoluto, una broma. La novia de Dexter ha interpuesto varias demandas, así que por ahora no podremos salir de la celda.

— ¿Creéis que deberíamos estar preocupadas? — pregunta Charlize, cuya ansiedad va en aumento gradualmente con el tiempo que pasamos aquí encerradas.

— Creo que no pinta bien.

Amanece y nadie nos dice nada.

Empezamos a impacientarnos cuando, a las once de la mañana, aún no han tenido la decencia de sacarnos de la celda ni de darnos de desayunar. Cora empieza a gritarles de muy malas formas que matar de hambre a un preso es delito federar, y yo no sé si reír o echarme al llorar ante la patética estampa que debemos dar. Desde luego, esta vez nos hemos lucido.

— ¿Cómo ha podido hacernos esto Dexter? — pregunta Charlize, indignada, apretando los puños con rabia — . ¿Decías que no querías tu llamada, no? ¡Pues muy bien! ¡Voy a llamarle y a cantarle las cuarenta!

Cora intenta tranquilizarla, pero cuanto más tiempo pasamos aquí encerradas,

más cabreada está Charlize. Sobre el mediodía, uno de los policías acude a explicarnos nuestra situación. Mientras nadie pague nuestra fianza no podremos irnos. Además, dada la gravedad del asunto, se buscará un juez para celebrar un juicio con la mayor brevedad posible. Los delitos de los que nos acusan no son, en absoluto, tonterías.

— Estáis en un buen lío, señoritas — asegura, observándonos con lástima.

Está a punto de marcharse cuando le pido que me deje hacer mi llamada. No es que tenga muchas opciones, pero he tenido una buena idea.

— No la desperdicies — bromea Charlize, que ya no sabe cómo tomarse la situación.

Es una locura, pero he decidido llamar a Ackerman. Recuerdo perfectamente que me dijo que si Dexter demandaba a Cora, que él podría ayudar. Bueno, no es ese el caso... Pero por poquito. Solo hay que amplificar la demanda y multiplicarla por tres, nada más.

— Solo tiene unos minutos — me dice el policía, dejándome a solas con el telefonillo.

Marco el número del despacho de Ackerman con un nudo en el estómago. El simple hecho de volver a escuchar su voz provoca que un millar de mariposas revoloteen en mi interior, lo que me confirma que he hecho bien en despedirme de mi trabajo. Sé que no podría soportar verle día tras día allí, con Sherlyn. Hubiera sido demasiado duro para mí.

Los tonos se producen uno detrás de otro y, al final, salta el buzón contestador.

— Jack... Hola... — comienzo, tartamudeando por los nervios — ..., mira, soy Lindsay... Ya sé que la cosa no terminó muy bien la última vez que nos vimos pero necesito tu ayuda. Nos han detenido y..., bueno, no sé muy...

— ¿Lindsay?

La voz de Sherlyn al otro lado del auricular sacude mis pensamientos.

— ¿Sherlyn?

— Jack está ocupado. Ha salido a comer.

— Necesito que le digas que me...

— Lindsay, por favor, ¿puedes dejar de acosar a mi novio? Ya no trabajas aquí, recuérdalo.

Y dicho eso, cuelga el teléfono.

Sus últimas palabras me dejan K.O y siento deseos de echarme a llorar.

Aunque intento reprimirme, unas lágrimas rebeldes terminan deslizándose por mis mejillas.

— No pasa nada — asegura Cora cuando le explico lo que ha sucedido — . Nosotras solas podremos apañárnoslas. Ya lo veréis.

No estoy tan segura, pero supongo que la esperanza es lo último que se pierde.

Al mediodía nos traen una bandeja con pan y puré. El puré está incomible y el pan es del día anterior, pero lo mordisqueamos y nos entretenemos con él sólo para hacer tiempo.

El aburrimiento puede ser realmente agotador.

— ¡Buenas noticias, chicas! — anuncia un policía unos minutos después.

Cruzo los dedos esperando a que Sherlyn se haya apiadado de mí y le haya explicado a Ackerman lo sucedido.

— ¿Qué ocurre? — inquiera Cora.

— El juicio se celebrará hoy mismo. Solamente tenéis que aguantar un poco más — asegura — . ¿Queréis solicitar un abogado de oficio?

— ¡Oh, Dios mío! — grita Charlize, histérica — . ¡Voy a matar a ese cabrón como no retire la demanda!

— Señorita... cálmese... — suplica el policía.

Así que, no. Sherlyn no ha dicho nada.

O puede que lo haya dicho y Ackerman haya decidido no participar en el asunto, quién sabe. Lo importante y lo único que debo saber ahora es que ellos están juntos y que yo solo he sido un simple entretenimiento. Pienso en lo irónica que resulta la vida y no puedo evitar recordar el instante en el que Stew dijo que sería la “putilla” de la oficina. Desde luego, no sabía lo mucho que iba a acertar con aquella frase... Porque, al fin y al cabo, me he transformado en la putilla de Jack Ackerman.

Mientras Charlize y Cora discuten con la policía, yo vuelvo a sentir deseos de echarme a llorar.

“¿Cómo narices he terminado de esta manera?”, me pregunto, horrorizada.

# 21

El final.

El final de los cuentos de hadas, de soñar con el amor verdadero, de creer que todo tiene solución. El final es lo que importa y, ahora mismo, es lo que hay. El final es que tengo treinta y seis años y no treinta, el final es que no creo ni jamás creeré en el amor. El final es que solo he estado una vez enamorada y ha sido un enamoramiento absurdo y patético. El final es que el amor no tiene sentido. El final es que no hay final. O al menos, un final que nos suela gustar.

Hemos pasado el día aquí metidas y la experiencia no ha sido agradable en absoluto. Gracias a Dios, las locas de mis amigas han hecho que nuestra estancia en prisión no resultase tan traumática como podía esperar. Hemos hablado de todo y de nada, hemos recordado nuestras mejores historias y hemos terminado comprendiendo que, aunque nos metan en la cárcel de por vida, siempre tendremos algo que nos hará profundamente afortunadas: la amistad. La amistad es la razón por la que Cora está acusada de tentativa de homicidio, por la que a mí me han demandado por acoso y por la que Charlize se siente culpable en estos instantes.

El abogado de oficio llega cuando empezamos a venirnos de nuevo abajo. O eso es lo que pensamos cuando el policía de guardia entra en nuestra celda, nos quita las esposas y nos pide que le sigamos al rellano.

— Han retirado las demandas — anuncia, sonriente —, así que podéis marcharos a vuestras casas.

Las tres, boquiabiertas, nos quedamos mirándonos sorprendidas.

Al parecer, el no tan bonachón de Dexter ha decidido tener un poco de piedad y retractarse.

— ¡Menos mal! — suspira Charlize, aliviada, fundiéndose con nosotras en un largo y profundo abrazo.

El policía nos da unos impresos que debemos de rellenar y las cajas con nuestras pertenencias. Inconscientemente, lo primero que hago es revisar mi teléfono móvil y comprobar que todo está correcto. Pero no es así. Tengo dos llamadas perdidas de Ackerman que consiguen, una vez más, descompasar mi respiración. ¿Por qué me tiene que afectar tanto el simple hecho de leer su nombre en una pantalla? Pero ya está. Se acabó. La decisión está tomada.

— ¿Lindy? ¿Vienes?

Yo asiento.

— ¡Dadme un segundo!

Borro el historial de llamadas, el historial de mensajes y... después, borro el número de Jack Ackerman. No volveré a llamarle ni volveré a saber nada de él porque, si no lo hago así, de esta manera, terminaré volviéndome loca de remate.

“Cortar por lo sano”, pienso, mientras salgo detrás de mis amigas.

— ¡Aire fresco! — grito, emocionada, abriendo los brazos en señal de libertad.

Pero Charlize y Cora me están mirando con una sonrisa tonta y traviesa en los labios. Las conozco bien y sé que algo pasa.

— ¿Qué? ¿Qué ocurre?

Y cuando se apartan, ahí está. Jack Ackerman, esperándome.

Mi corazón se detiene en el acto y es él quien comienza a caminar hacia mí, porque yo no puedo ni moverme. Todo es demasiado confuso y...

— Lindsay — saluda.

— Jack...

— Parece que te encanta meterte en problemas, ¿eh? — susurra con una sonrisa de medio lado.

— Y a ti parece que te encanta sacarme de ellos — respondo, cortada.

— No ha sido fácil que el tío quitase la demanda, pero te aseguro que puedo ser muy persuasivo cuando quiero algo.

Trago saliva.

De nuevo esa sensación; me sudan las manos, tengo el corazón acelerado y las malditas mariposas están revolviéndome el estómago.

— Lo sé. Sé que puedes ser muy persuasivo.

Él asiente en silencio.

— He venido para decirte que me alegro... — comienza, pero al final se queda callado y sonrío sin decir nada más.

¿Qué pasa? ¿Dónde diablos se ha metido el prepotente y creído de Jack Ackerman? ¿Por qué ya no parece tan seguro de sí mismo como ayer?

— ¿Qué? — insto con un hilillo de voz.

— He venido para que sepas que yo tampoco soy un cabrón que va rompiendo corazones, y que me alegra que te sincerases conmigo... Porque... Tú también me gustas, Lindsay. Y si me he comportado así ha sido por la misma razón por la que tú te comportabas de esa otra manera. Para que no me hicieras daño.

— ¿Yo? ¿Para qué no te hiciera daño yo?

— Veo cómo te miran los hombres, no soy estúpido. Tom, Grayson... Todos estaban babeando detrás de ti y tú siempre parecías encantada de tenerles detrás. No quiero una mujer así, Lindsay. No quiero comprometerme con nadie que no se quiera comprometer conmigo.

— ¡PERO ELLA SÍ QUIERE COMPROMETERSE! — grita Charlize, que está poniendo oreja unos metros por detrás.

Yo me giro y la asesino con una mirada.

— Me gustaría empezar de nuevo contigo... Invitarte a cenar... No sé... Lo que te apetezca. Prometo que esta vez no tendrás que marcharte del restaurante.

No puedo respirar y siento que me estoy ahogando. ¿Estoy sufriendo un ataque de ansiedad?

— ¿Y Sherlyn? — murmuro, confusa — . ¿Qué pasa con Sherlyn? ¿Vas a dejarla?

— Nunca hemos estado juntos — asegura.

Su sonrisa parece sincera, pero...

— ¿Y la foto?

— Los periodistas sacaron la situación de contexto. Yo solo la estaba acompañando al parking, tropezó y la sujete para que no se cayera. Nada más, de verdad.

¿Más mentiras? ¿Quién miente, entonces? ¿Sherlyn o Ackerman?

— Ella me ha dicho...

— Lo sé. Lo he escuchado. Las llamadas que van a mi despacho también se desvían y se graban en mi teléfono móvil. Lo he escuchado todo y, te prometo, que no quedará así, Lindsay. Sherlyn tendrá su merecido, te doy mi palabra.

Confusa, asiento.

Estoy demasiado cansada y exhausta para asimilar que todo lo que está pasando es real.

— ¿Lindsay? — dice, captando mi atención de nuevo — . ¿Puedo invitarte a salir? Esta vez, como mi novia.

Me muerdo el labio, indecisa.

Estoy demasiado cansada de los juegos y, sobre todo, de los hombres. Acabo de aprender con Dexter que nadie es lo que parece ser y que, cuanto más enamorado estás, más sufres. Y yo ya estoy lo suficiente enamorada y ya he sufrido demasiado como para seguir por ese camino... Además, mi vida no es como la de Ackerman. Jamás encajaríamos.

— Por favor... — suplica, sujetándome de la mano — , no digas que no.

— ¡Lindy, si dices que no, me lo quedo yo! — grita Charlize, instándome entre risas.

Al final, asiento.

¿Cómo narices voy a rechazar al hombre que, desde la primera mañana que lo vi, me robó el corazón?

— ¿Sí? — pregunta, asegurándose.

Yo vuelvo a asentir.

— Pero con una condición — advierto, levantando la mano.

— Lo que tú quieras, Lindsay.

Esta vez, no dejaré que el karma ponga las cosas en su lugar.

— De Sherlyn me ocupo yo...

Ackerman suelta una carcajada.

— Lo que tú digas, preciosa.

Y sin decir nada más, me envuelve entre sus brazos y me besa. Me besa con pasión, con cariño, con ternura. Su cuerpo se pega al mío y lo único que siento es cómo mi cuerpo y el suyo encajan perfectamente; como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Como sí, el final de los finales, resultase que Jack y Lindsay tuvieran un cuento de hadas que narrar.

# EPÍLOGO

Jack suele decirme que me distraigo bastante en mis propios mundos y que le gustaría saber todo lo que se me pasa por la cabeza. Pero sé que si se lo digo, lo asustaría bastante. Pienso en el nombre que le voy a poner a nuestros hijos, pienso que me he cansado del hotel y en que quiero comprarme una casa enorme para poder hacer el amor con él en todos los rincones. Pienso en lo guapo y sexy que está cuando se deja la corbata puesta y se quita todo lo demás. Pienso que soy feliz, y ese último pensamiento me arranca demasiadas sonrisas a todas horas. Y me encanta.

— ¿Sherlyn? — la llamo, plantándome frente a su mesa.

No quiero ser demasiado dura con ella. Bueno, en realidad, no lo soy, ¿verdad? Si no ya la hubiera despedido.

— Creo que se me ha caído el café, ¿lo puedes limpiar?

Ella suspira, asqueada, intentando contener un gesto de repulsión sin éxito. Veo la rabia que le da que sea yo la persona que le dé las órdenes y no al revés, y eso me hace disfrutar aún más.

— ¿Dónde se te ha caído el café?

Sonrío con malicia y, sin pensármelo dos veces, derramo el contenido del vaso junto a su escritorio, haciendo que sus preciosos tacones queden salpicados.

— ¡Ups! — exclamo, sin poder contener una sonrisita.

Ella resopla y me lanza una mirada asesina, mientras toda la oficina se gira para observarnos.

Ahora sí, el karma parece funcionar.

No me dedicaré toda la vida a fastidiar a Sherlyn, pero he decidido que, al menos, le devolveré cada café que he limpiado. Puede que consiga perdonarle que me haya intentado robar a Ackerman, pero no le perdonaré lo de los cafés. No, señor, eso jamás.

Cuando entro en el despacho, él me está esperando con una sonrisa traviesa. Lleva puesta la corbata gris que le arranqué en nuestra primera noche y me está sonriendo con picardía.

— ¿Ya has terminado de vengarte de Sherlyn?

Divertida, niego con la cabeza.

— Casi, casi — murmuro con voz sexy.

Me encantan nuestros juegos de la oficina. Me encanta llevar falda de tubo y me encanta que al final de la jornada, mi camisa blanca esté repleta de arrugas.

— Ven, acércate a mí, Lindsay — yo obedezco, poniendo carita de niña buena y él suelta otra risita.

— Me muero por hacerte el amor — susurra en mi oreja — , pero antes, necesito saber una cosa.

Expectante, me quedo callada mirándole fijamente.

— Te voy a contar lo que a mí me gustaría que sucediera y, después, tú tendrás la última palabra.

Empiezo a ponerme nerviosa. ¿Qué querrá Jack?  
Asiento y guardo silencio para dejarle continuar.

— Primero, tendrás que darme una respuesta — dice, sujetando mi mano sobre la palma de la suya — , después, si me dices que sí, te haré el amor encima de la mesa... Y cuando termine contigo, sacaremos la botella de cava del minibar e invitaremos a toda la oficina a brindar por nosotros.

En cuanto veo que saca el anillo, mi corazón se detiene.  
No puede ser verdad. No puedo creerlo.

— Lindsay Bass, ¿quieres casarte conmigo?

Y en ese instante, soy consciente de que mi cuento de hadas aún estaba por llegar. De que no quiero ser una Charlize y encontrar a un Dexter. De que siempre querré ser Lindsay y de que siempre querré tener a mi Jack.

— ¡Sí! — aseguro — , ¡sí, quiero!

**FIN**

# NOTA DEL AUTOR

Querido lector, espero que hayas divertido con las locas aventuras de Lindsay, Charlize y Cora.

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

## SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

# OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti  
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:  
Una noche Dorada  
Una noche Contigo  
Una noche Nuestra  
Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa  
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector  
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata